

**LA RESIGNIFICACIÓN DE LOS IMAGINARIOS DE NACIÓN A TRAVÉS DE LA
EXPERIENCIA DEL VIAJE EN *VIAJE A PIE* (1929) DE FERNANDO GONZÁLEZ
Y *EN EL CAMINO* (1957) DE JACK KEROUAC**

SCARLETT SOFÍA GUTIÉRREZ RAMOS

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESTUDIOS LITERARIOS
MEDELLIN
2024**

**LA RESIGNIFICACIÓN DE LOS IMAGINARIOS DE NACIÓN A TRAVÉS DE LA
EXPERIENCIA DEL VIAJE EN *VIAJE A PIE* (1929) DE FERNANDO GONZÁLEZ
Y *EN EL CAMINO* (1957) DE JACK KEROUAC**

SCARLETT SOFÍA GUTIÉRREZ RAMOS

Trabajo de grado para optar al título de Profesional en Estudios Literarios

Asesor

MIGUEL ÁNGEL BRACHO DÍAZ

Magíster en Hermenéutica Literaria

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESTUDIOS LITERARIOS
MEDELLIN**

2024

08 de junio de 2024

Scarlett Sofía Gutiérrez Ramos

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en ésta o en cualquiera otra universidad”.

Art. 92, párrafo, Régimen Estudiantil de Formación Avanzada.

Firma de la autora



A mis papás: Jennys y Edgar, que me apoyan siempre para seguir trazando nuevas rutas.

A mi abuela Amparo, que me verá graduar desde el otro lado del camino.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Bracho por las charlas que me hicieron sentir como una colega y por demostrarme que el rigor parte desde la investigación más pequeña.

CONTENIDO

RESUMEN	6
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1	17
VIAJE A PIE	17
La dificultad para determinar una sola textualidad en las narrativas del yo	19
El viaje como motivo	28
CAPÍTULO 2	37
EN EL CAMINO	37
El viaje: la voluntad de narrar	42
Sobre la nación y la disposición de reconocer una alteridad	52
CONCLUSIONES	65
BIBLIOGRAFÍA	73

RESUMEN

Este trabajo comprende el análisis crítico de dos obras importantes en el marco de los estudios de la literatura de viajes: *En el camino*, escrita por Jack Kerouac en 1957 y *Viaje a pie*, escrita por Fernando González en 1929. Ambas obras permiten abordar la posibilidad de resignificar el imaginario de nación que ha sido impuesto por las *naciones* occidentales imperantes desde el surgimiento del término en el siglo XVIII, entendiendo sus límites y variaciones desde el trastocamiento del yo que se puede presentar en los sujetos que viajan al salir de la cotidianeidad y encontrarse con las múltiples realidades alternas que implican distintos lugares de enunciación, construidos, social y teóricamente, como la otredad. La posición de la que parte el sujeto que viaja, junto al movimiento físico, mental y social que implica el viaje, son las herramientas narrativas de las que se disponen para enfrentarse y, posiblemente, mimetizarse con el sujeto que los recibe. En este sentido, este trabajo propone el reconocimiento de una identidad colectiva y fluctuante como característica de los imaginarios nacionales móviles y que surgen como disímiles por las condiciones históricas, políticas y culturales de los lugares que se transitan.

PALABRAS CLAVE: ANÁLISIS LITERARIO; CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN;
LITERATURA DE VIAJES; ALTERIDAD; CONTRACULTURA.

INTRODUCCIÓN

La denominación de *nación* es un mecanismo para delimitar las dinámicas de poder sociopolíticas, económicas y en gran medida, culturales. Si bien entender un territorio con sus aspectos políticos permite las negociaciones y el establecimiento de leyes o acuerdos internacionales gracias a la noción del nacionalismo como un elemento de defensa de ciertos intereses frente a otros, los movimientos nacionalistas del siglo XXI y derivados de las revoluciones del siglo XVIII han sido siempre una cuestión de control y poder. (Breuilly 1) Las propuestas nacionalistas y, sobre todo, la idea generalizada que se tiene sobre lo que es una nación, son recientes y hacen parte de la historia moderna que se ha desarrollado en los últimos trescientos años.

El propósito de este trabajo no está directamente relacionado con las expresiones nacionalistas; sin embargo, estas son indispensables para entender las dinámicas que se generan en torno a una nación y por qué limitan otras posibilidades basados en el proyecto de soberanía que sostiene el nacionalismo. Considerando que la discusión sobre este es también la problematización de la nación como su columna vertebral, podemos intentar trazar el origen del término nación y cómo su delimitación ha permitido el desarrollo de las políticas internacionales a la vez que deja por fuera a otros actores. Vale la pena hacer una aclaración antes de continuar, sobre las diferencias entre “Estado” y “nación”, pues ambos términos implican dinámicas políticas y de representación distintas; inicialmente, la nación como derivado del latín *natio* alude al nacimiento en un lugar determinado; posteriormente,

el término se expande y para el finales del siglo XVII comienza a incluir un territorio, una cultura, un lenguaje e incluso una historia en común. La nación, en general, representa la encarnación casi política de un mito originario del que una población se *siente* partícipe. (Rejai y Enloe 141-142) Por otro lado, el estado,

Refers to an independent and autonomous political structure over a specific territory, with a comprehensive legal system and a sufficient concentration of power to maintain law and order. “State” in other words, is primarily a *political-legal* concept, whereas “nation” is primarily *psycho-cultural*. Nation and state may exist independently of one another: a nation may exist without a state, a state may exist without a nation. (143 énfasis propio)

El estado, entonces, encontraría su lugar en las estructuras políticas y en las leyes mientras que la nación es una cuestión principalmente cultural. Por supuesto, la combinación de ambos límites y necesidades daría como resultado a los Estados-Nación que estarían relacionados con la aceptación común no sólo de una historia o mito de origen sino también con el acuerdo comunitario de regirse bajo unas mismas leyes y un ente gubernamental. Como se ha mencionado anteriormente, el uso político y popularizado del término “nación” data de los últimos dos siglos aproximadamente, pero comienza a constituirse como un elemento más intrincado gracias a la Revolución Francesa con su propósito de derrocar a las monarquías y de establecer casi que por primera vez, algunas formas de organización política que antes no se habían pensado pues respondían a las necesidades del momento. Si retrocedemos mucho más, vemos que, como expone Ernest Renan,

[...] son las naciones cosa bastante nueva en la Historia; no eran conocidas en la Antigüedad: en ningún grado fueron naciones Egipto, China, la antigua Caldea. Eran rebaños conducidos por un hijo del Sol o por un hijo del Cielo. No hubo ciudadanos egipcios, lo mismo que no hay ciudadanos chinos. La antigüedad clásica tuvo repúblicas y realezas municipales, confederaciones de repúblicas locales, imperios; pero apenas si tuvo la nación en el sentido que nosotros la entendemos. Atenas, Esparta, Sidón, Tiro, son pequeños centros de admirable patriotismo; pero son ciudades con territorio relativamente reducido. (54)

Podemos entender que tanto en la antigüedad como hasta antes de la Revolución Francesa no existiera la necesidad de un estado nación como lo entendemos en la actualidad, o de sentirse parte de una colectividad que diera paso a expresiones muy nacionalistas, porque los individuos eran sujetos amparados bajo su servicio a una dinastía, monarquía, imperio o estructura feudal y sus orígenes eran múltiples. Cuando aparece la *Declaration des Droits de l'Homme et du Citoyen* (1789)¹, el ser humano pasa de ser un simple sujeto útil para la producción y se convierte tanto en un sujeto de derechos como, aparentemente, en una voz que aporta a la formación de una colectividad y al desarrollo de los nuevos países, y por lo tanto, se gana el estatus de ciudadano. En términos de Rousseau, estarían accediendo a la implementación de un “contrato social” que establece ciertas normas en común para el comportamiento, la convivencia y la organización.

Este contrato social parte de las experiencias y aspiraciones en común, así que se construye a partir de la sensación de pertenencia que redescubre en lo extranjero un lugar

¹ Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano

de extrañamiento e incomodidad, es decir, también se construye en oposición al Otro. En este trabajo se toma a la nación como un imaginario, puesto que definirla con precisión nunca ha sido posible. Según dos de los diccionarios más importantes, esta palabra puede definirse como: “A large aggregate of communities and individuals united by factors such as common descent, language, culture, history, or occupation” (Oxford Dictionary) o como un “conjunto de personas de un mismo origen y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común.” (RAE) La mayoría de las definiciones apuntan a que la nación es la suma de una población, con un lenguaje y una historia de origen común, además de un territorio delimitado en el que se asientan y, dependiendo de la definición, un mismo ente gubernamental, aunque esta última característica realmente apunta a lo que se denomina Estado, y, en ciertos casos, Estado-Nación.

Pero, ¿qué sucede con casos más específicos que se repiten y no son tan aislados? Kosovo es un estado reconocido sólo por la mitad de los países de la ONU, cuyo origen cultural es el mismo de Serbia, país del cual hizo parte hasta el 2008 cuando se declaró independiente. Taiwán es una “pequeña nación” que comparte origen lingüístico y cultural con China, de la cual se desligó en 1949 de la mano del Partido Nacionalista chino, aunque la soberanía de Taiwán y de la República de China siga en disputa. ¿Qué sucede, por ejemplo, con los pueblos indígenas que no se reconocen como parte de un país donde está ubicado su territorio? ¿No son los Wayuú una nación en sí mismos? El problema principal para la definición de la nación es el hecho de que esta fue pensada inicialmente para abarcar las dinámicas y problemáticas de organización política y territorial exclusivas de Europa occidental que no han podido ser contrastadas y aplicadas según las necesidades de otros

territorios donde la idea de nación será constantemente un proyecto en curso. Mostafa Rejai y Cynthia Enloe afirman que las expresiones nacionalistas del *non-West*² son una consecuencia directa de las ideas, las técnicas y las instituciones implantadas por Occidente sobre sus colonias, donde la respuesta de estas últimas es un resentimiento hacia la occidentalización que crea una paradoja sobre las maneras de construir naciones influenciadas por Occidente, pero en gran medida no muy occidentales. (149) Es decir, se reitera la imposibilidad de imitar las características idealizadas e importadas sobre la nación para territorios que no están constituidos orgánicamente de esa manera. Decir que la nación es una mezcla de varios aspectos es ocultar que la versión occidental de este término no puede aplicarse para todos los países o regiones del mundo, por lo tanto, es un imaginario, un proyecto en construcción, o en palabras de Homi K. Bhabha:

This locality is more around temporality than about historicity: a form of living that is more complex than ‘community’; more symbolic than ‘society; more connotative than ‘country’; less patriotic than ‘patrie’; more rhetorical than the reason of state; more mythological than ideology; less homogeneous than hegemony; less centered than the citizen; more collective than ‘the subject’; more psychic than civility; more hybrid in the articulation of cultural differences and identifications – gender, race or class – than can be represented in any hierarchical or binary structuring of social antagonism. (“DissemiNation” 292)

Esta misma complejidad es la razón por la cual no se podría simplemente crear un nuevo término que abarcara todas las posibles naciones que no pueden regirse

² “No-Occidente”

completamente por los parámetros de las ya establecidas naciones occidentales (como Francia o Inglaterra). Cuando Bhabha hace referencia a todas las localidades inexactas desde la que podría entenderse la nación y nos explica que es una cuestión que sobrepasa las dinámicas de las jerarquías, lo que quiere decir es que esta es un imaginario que se construye colectivamente y sus resultados siempre serán parciales y dispersos. En este trabajo se toma la discusión planteada por Anderson, uno de los intelectuales que se dedicó a teorizar sobre la complejidad del nacionalismo, donde explica que este no debe ser tratado como una ideología (Nacionalismo) sino como una expresión (nacionalismo) que se construye; por lo tanto, la definición de nación propuesta por Anderson sería “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (23), limitada por sus “fronteras finitas” pero completamente modificables, y por último, la nación es soberana porque se creó en Europa con ese propósito de legitimar una organización y una estructura. Aun así, si bien estas características no son intercambiables por otras, sí se pueden resignificar dependiendo de cómo se hayan *imaginado*. Entonces, tanto en Latinoamérica por ser vista y establecida como un proyecto letrado, así como en otras partes del mundo, es comprensible que estos imaginarios de nación se encuentren en constante disputa debido a que “toda la naturaleza del ser del hombre es sagradamente maleable”. (35) Por lo tanto, la mayoría de las veces que se trate en este texto la palabra nación es en referencia a esta como un imaginario y una expresión que se fragmenta o que emplea dinámicas distintas en cada territorio o localización. Así, los imaginarios de nación se aplicaron por

la necesidad de reestructurar el continente [americano] sobre nuevas bases acordes con la naciente vocación independentista. Surgió así mismo la necesidad de definir los nuevos países para insertarlos en el ámbito mundial del *progreso* de la época, representado en aquellos momentos por Inglaterra y Francia en el continente europeo, y por los Estados Unidos en la América del Norte. (González-Stephan 41 énfasis propio)

En el caso hispanoamericano vemos que estas nociones estadounidenses y europeas sobre la estructuración de las nuevas naciones fue difícil de aplicar puesto que en algunos países (como Colombia), tanto la vida política como las manifestaciones intelectuales se han debatido entre una lucha bipartidista donde las estructuras del pasado y del presente se sobreponen sin lograr conciliarse, logrando una hibridez económica y política que deja vulnerable a estos nuevos estados nacionales (45), sumando el paso directo a las inversiones y/o invasiones extranjeras cuyos parámetros de “desarrollo” no pueden cumplir.

La misma idea de “nación” y de “Estado nacional” fue manejada ya desde fines del siglo XVIII por las élites criollas y por los grupos intelectuales familiarizados con la Ilustración y luego con el liberalismo europeo. Fue una nación que la burguesía europea desarrolló a plenitud durante la revolución industrial así como la creación de un mercado nacional capitalista, y que, sin embargo, las oligarquías hispanoamericanas incorporaron como un modo de expresión de sus *anhelos de modernidad*. Fue por lo mismo un concepto y una realidad extraña a las masas populares y sectores indígenas de aquel entonces. (54 énfasis propio)

El acto de extrañamiento de las masas populares frente a una organización y un patriotismo que en ciertos casos no les favorecía y a las que les resultaba complicado acoplarse, junto a la necesidad de moverse en busca de mejores oportunidades comienza a generar en muchas “naciones”, la posibilidad de repensar el paradigma en el que se ven inmersas. En este sentido, resulta interesante remitirnos a Fernando González y a Jack Kerouac, dos escritores que encontraron (cada uno en su época y con sus respectivos lugares de enunciación) en el acto de viajar, una herramienta para tratar de comprender las implicaciones que tiene la movilización social dentro de un territorio, puesto que la nación - en términos de Benedict Anderson- es un artefacto que se produce a través de todo tipo de símbolos y narrativas de formación donde se incluyen desde los periódicos hasta la literatura. (Unzueta 71)

En la América hispanohablante de finales del siglo XIX y principios del XX muchos ensayos críticos desarrollan una conexión entre la literatura y el proceso de formación nacional en las jóvenes repúblicas (74) que realizan ejercicios dialógicos generando importantes respuestas frente a las lecturas del momento que abordaban, explícitamente o no, la conexión y la preocupación sobre el clima cultural, político e ideológico generando una nueva conciencia histórica o incluso perpetuando las ideologías ya existentes. Asimismo, esta relación dialógica se desarrolla en Estados Unidos gracias a una conciencia histórica y patriótica con mayor alcance por ser un país con una vocación independentista más antigua. Este antecedente permitirá, más adelante, la creación de una de las primeras movidas contraculturales de la historia: la llamada Generación Beat.

Esa variedad de localizaciones que encontramos en las “comunidades imaginadas”, más allá de ser territorios delimitados, cumple con una capacidad de ser recorrida gracias a las experiencias que brinda el movimiento, en este caso los viajes. El viaje y la vida cargan una relación intrínseca que podemos observar en relatos tan antiguos como *La Odisea* o en libros de *La Biblia*; asimismo, el Homo Sapiens lleva en su historia el movimiento como elemento de supervivencia y el transitar en su expresión más básica. El motivo del viaje se puede situar desde los inicios de la Historia humana pues permite encuentros y espacios de diferenciación o asombro que no son permitidos por la inmovilidad del sujeto; no es gratuito entonces, que los grandes relatos como *El Quijote* o *La Divina Comedia* también lo incluyan como recurso central de su narrativa.

Resulta evidente que el viaje constituye una parte fundamental de las experiencias humanas y de la colectividad, a pesar de la insistencia común de entenderlo como un tránsito complementario y menor al hecho de la residencia en un espacio determinado, por su amplia gama de trayectos en la vida de un individuo, sin embargo, este realmente alude a que las prácticas de desplazamiento también pueden ser “*constitutivas* de significados culturales, en lugar de ser su simple extensión o transferencia”. (Clifford, *Itinerarios* 13)

Por esto mismo, los enfoques del viaje pueden variar y su alcance también depende de los privilegios del sujeto viajero y de su horizonte de expectativas, pues a fin de cuentas, permanecerá permeado por el lugar de origen y podrá –o no– acoger (con diversos alcances) la multiplicidad que le brinda el lugar adónde va.

El viaje es un lugar más allá de la cotidianeidad que expone al sujeto a la posibilidad de revisar sus reacciones frente a lo nuevo y desconocido, exhibiendo no solo la

corporalidad a otros entornos físicos sino también la mente a diferentes apreciaciones de la realidad. Según Javier del Prado, el viaje es la separación radical de los límites impuestos por el “entorno real cotidiano” (213), es una “actividad dedicada por entero al yo fuera de las coordenadas espacio-temporales” (213) donde el sujeto funciona por inercia y por convenciones sociales. Para Prado, los aportes de Montaigne sobre el viaje, le otorgan una profundidad llamativa desde la ontología, pues esta acción “crea las condiciones del *necesario trastocamiento del yo*” (214).

Si bien Prado argumenta a favor del viaje que “la estabilidad y el asentamiento dan seguridad al yo, que se complace en sí mismo y en su entorno [mientras que] la novedad lo convulsiona, pone en entredicho su seguridad y lo obliga a replantearse no sólo su visión del mundo, sino también su existencia” (215), este trabajo pretende dar cuenta de que la sentencia que pone al viaje en el podio de la verdadera transformación del sujeto también es dependiente de otros elementos externos e internos que complican, retrasan o anulan esta transformación si se estudia en tanto la conformación –en términos de Homi K. Bhabha– de un tercer espacio donde confluyan de manera tolerada, tanto el sujeto viajero como los sujetos observados y la experiencia de los territorios transitados.

CAPÍTULO 1

VIAJE A PIE

Un 24 de abril de 1895, justo cuatro años antes de la Guerra de los Mil Días, nace en Envigado, Antioquia, Colombia, el comúnmente denominado “brujo de Otraparte”: Fernando González Ochoa, un hombre de letras que se convertirá en personaje ineludible de la cultura antioqueña con su propia casa convertida en café y museo. González escribió más de 15 obras incluyendo novelas, ensayos, correspondencia y, además, fue editor de la Revista Antioquia desde 1936 a 1945. Más allá de escritor, González se destacó en cargos diplomáticos tanto en Colombia como en Europa donde ocupó el cargo de cónsul en Rotterdam, en Bilbao y en Marsella; y por supuesto, al ser graduado de leyes de la Universidad de Antioquia, también ejerce la abogacía sin dejar nunca a un lado la prolífica producción de su obra literaria.

Una de sus primeras publicaciones se titula *Viaje a pie* (1929), el cual fue censurado en diciembre de ese mismo año por el Arzobispo de Medellín bajo pecado mortal a quien lo leyera, pues aparentemente ridiculiza a “las personas y las cosas santas, trata de asuntos lascivos y está caracterizado por un sensualismo brutal que respiran todas sus páginas.” (González 248) Si el establecer la lectura de *Viaje a pie* como un pecado mortal al principio logró surgir cierto efecto legislador sobre la población colombiana de la época, a grandes rasgos el prohibicionismo consiguió lo que la obra criticaba: tratar de derrumbar las barreras que imponía la religión y permitir cierto sentido de apertura para promover el

desarrollo cultural del país, o específicamente, de la región antioqueña que tanto amaba González y cuyo amor se nota en sus textos.

La obra que compete a este capítulo, *Viaje a pie*, es un momento de la literatura que ha quedado plasmado en el imaginario del departamento de Antioquia; esta versa sobre el trayecto y los pensamientos de dos amigos y filósofos aficionados que emprenden un viaje a pie, cargando mochilas hacia el sur de Antioquia, pasando por Caldas y el Valle del Cauca. Su pronta censura se da por el explícito propósito de servir como “sermonario a los curas de esta tierra de santos y santas palúdicos” (41); y, por supuesto, por haber sido publicada en un año de plena hegemonía conservadora de mano de la Iglesia Católica, pues aún faltaban aproximadamente 60 años para que Colombia se convirtiera en un estado laico. *Viaje a pie* se configura como una forma de diario de viajes en el que se consignan las reflexiones de Fernando y Don Benjamín, que entre paisajes montañosos y playas del pacífico van en la búsqueda del fin interior, de ese ritmo interno que les conecta con la naturaleza y que no está necesariamente regido por los pecados expuestos en las escrituras y por las reglas de los curas jesuitas que los educaron.

Las propuestas de este capítulo transitan en contra de la recomendación que hace Gonzalo Arango en la presentación de la segunda edición de *Viaje a pie* en 1967 donde se resalta que en la obra nada necesita ser explicado: ni el camino, ni los conceptos que lo rodean, sino sólo el sentir interior de quien lo escribió (González 13), pues, a diferencia del probable intento de romantizar la experiencia de la obra para que esta fuera establecida como un hito transgresor en la cultura antioqueña, en realidad, el estudio de esta nos permite ampliar el panorama sobre la literatura colombiana y sus aportes culturales, tanto

en los años veinte de acuerdo a su publicación, como su impacto posterior como referente nacional.

La dificultad para determinar una sola textualidad en las narrativas del yo

Según Gabriel Echeverri, *Viaje a pie* se puede pensar como un ensayo por su tono crítico y reflexivo que pretende el desarrollo de las ideas y pensamientos que surgen durante el viaje y que pueden ser de carácter metafísico, sociológico, psicológico y/o político, pues bajo estas características también se incluyen otras de sus obras ensayísticas. (33) La cuestión del género al que pertenece esta obra de González es importante porque denota las transformaciones que permiten su lectura y su formato; es en este momento que el hecho de consignar por escrito el camino que se decide tomar y las peripecias que se atraviesan tiene un significado. Fernando González no se dedicó a escribir múltiples libros enfrascados en un solo género, de hecho, demuestra su maestría porque logra varias propuestas literarias en gran parte indeterminadas y que van a “medio camino entre la novela y el ensayo, el diario y la meditación, el aforismo y el discurso, el diálogo y la epístola” (Echeverri 52) Así, *Viaje a pie* es un híbrido entre el ensayo y el diario, en este caso el diario de viajes, donde González adapta las características de ambos géneros y nos entrega la travesía de dos amigos que hacen ejercicios filosóficos y los consignan por escrito para salvaguardar las posibilidades de la significación que tiene la palabra.

El inicio de la tradición ensayística moderna se entiende comúnmente a partir de la aparición de los *Essais* de Montaigne en 1580 donde se configura una nueva forma de textualidad más allá de la novela, la lírica, la épica o el tratado filosófico. Ciertamente, en la crítica se han propuesto antecedentes incluso más antiguos como Sócrates (470-399 a.C.), quien logra “dejar testimonio de una visión personal y una perspectiva crítica del mundo por oposición a los saberes de la tradición y de la retórica en uso” (Weinberg 15), o incluso Plutarco de Queronea (45-125 d.C.), que admirado ampliamente por Montaigne, en su época ya escribía para un público amplio porque se alejaba de doctrinas muy marcadas y se permitía la exploración de la cultura clásica, presentándose además como un moralista discreto (García Gual 34). Pero la influencia que tiene Montaigne en el siglo XVI es primordial para la creación de una tipología denominada ensayo en la modernidad, pues es el primero en usar el término para nombrar esta tipología textual que no busca la certeza sobre un tema sino su exploración argumentada a partir de los conocimientos del autor.

Desde el nacimiento del ensayo hay un factor de reconocimiento del yo y de los límites que tiene el hablar a partir de la propia experiencia que está directamente ligada con la introspección. Así, las definiciones del ensayo también incluyen su relación con la meditación, el ejercicio de filosofar y el intento de desarrollar un pensamiento que con argumentos busca desligarse -total o parcialmente- de algo establecido. Según Liliana Weinberg, “el ensayo es un texto en prosa en el cual se despliega una opinión, un juicio, una visión personal fundamentada en la propia experiencia y las propias indagaciones sobre alguna cuestión” (14), esta definición consta de tres partes importantes para entender *Viaje a pie* como portador de un componente ensayístico: una visión creada a través de la

experiencia propia que en este caso va ligado directamente al movimiento y al cambio de panorama que permite el viaje; la capacidad de indagación, más que de solución, que se despliega en toda la obra sobre diferentes temas como la familia, el amor, cuestiones morales, políticas o culturales, entre otras; y por supuesto, el hecho de que esté escrito en prosa permite una mayor extensión sobre los temas tratados. Montaigne nutre gran parte de sus ensayos gracias a sus viajes por Europa, de los que extrae gran cantidad de elementos sobre los que reflexionar, entre ellos, la búsqueda del yo y la manipulación de discursos externos e internos que diversifiquen sus nociones sobre el mundo, es decir, la emergencia del otro que permite la anulación del entorno contingente del yo. (Del Prado 211). En el caso de Latinoamérica, según Efrén Giraldo, la tradición de Montaigne influye directamente en los textos colombianos por el aspecto de viaje interior o un sentido de meditación que se da de manera simultánea al desplazamiento físico (52), característica que, de hecho, se cumple en *Viaje a pie*.

Si bien el ensayo como género nace en Europa, la historia cultural de América Latina se ha visto marcada principalmente por la pregunta sobre la expresión propia latinoamericana a causa de la identidad fragmentada que dejó la Conquista. El ensayo como género problematizador es ampliamente usado en el continente para tratar de asir con palabras lo que significa ser latinoamericano; Germán Arciniegas explica que la predilección por este género debe estar ligada a que, además de surgir como un problema, América se construye como un ensayo en el sentido más genérico de la palabra: (5-6) un espacio donde se permiten múltiples intentos de prueba y error en un continente que para ellos era una tabula rasa sobre la cual intervenir e inscribir el discurso colonial. Es evidente

que la tarea no resultó tan sencilla y esos esbozos de ensayo pasaron de ser un intento de configurar una sociedad, a la capacidad de convertir esas narrativas externas en una “reflexión obligada” sobre las imposiciones y la búsqueda de lo propio que de otra manera no hubieran encontrado un espacio de discusión en las crónicas del siglo XVI. Mucho menos en el auge de la etnografía del siglo XVIII, donde la percepción de los etnógrafos no alcanza a representar el sentimiento y las costumbres de los nativos como algo más allá de un comportamiento curioso de retratar y demasiado bárbarico para permitir su libre desarrollo, por lo que la etnografía surge como el instrumento de dominación y descripción perfecto para establecer la subordinación de las culturas observadas. Así es que, la importancia del ensayo se marca por ser un género sin el cual no se hubieran podido desmontar estos estatutos coloniales por su vocación de proponer diversos caminos que se puedan repensar una y otra vez, más allá de las narrativas hegemónicas.

La preocupación de la literatura etnográfica era lograr la instrumentalización de un conocimiento sobre la población que se está observando, pues el etnólogo es aquel con la capacidad de “certificar” a través de su ejercicio de observación transmitido gracias a la palabra escrita, la cual es persuasiva y tiene la capacidad de legitimar a una cultura sobre otra creando figuras imaginarias (Martínez 64) de aquellas poblaciones de las que no se hace parte. El problema de esta literatura etnográfica es que su propósito de registro estuvo ligado desde el principio a una perspectiva religiosa que pretendía la conversión de nativos y esclavizados y que partía de una visión satanizada sobre sus diferencias, resultando inseparable de un “exotismo del descubrimiento” (Martínez 68). Según Malinowski, este exotismo se deriva de pensar cómo se cree que es el Otro, incluso a través de un ejercicio

de observación, pues la etnografía establece una distancia demasiado amplia entre el material objeto de la información y la presentación autorizada que se hace de los resultados supuestamente encontrados. (ctd. En Clifford, “Sobre la autoridad etnográfica” 47)

No será sino hasta finales del siglo XIX que el imaginario sobre la otredad se transforma en un espacio de construcción de tipo dialógica donde el otro se encuentra en estado de reconocimiento. (Martínez 65) Este reconocimiento resulta igual de problemático porque determina el surgir de un discurso colonial que se mezcla con la ficción para mitificar la percepción que se tiene sobre el Otro y convertirla en una narrativa dominante que genera un desconocimiento sobre otras posibilidades de enunciación que, según Fabio Martínez, continuó siendo el principal imaginario hasta las primeras novelas de viaje del siglo XX, donde “el discurso del sujeto enunciador invade de tal manera el enunciado, que no permite ver lo visible del texto reproduciendo una alteridad de oposición” (71). Sin embargo, algunos autores lograron desligarse de este desacierto creando una narrativa que se centraba en un mundo ideal o posible donde las preocupaciones giran alrededor de lo científico, como en el caso de Julio Verne. Es precisamente en ese espacio de símbolos e imaginación que se permite un distanciamiento de lo ya nombrado, a diferencia de la etnografía mencionada anteriormente que “partía del efecto ilusorio de mimetizarse con el otro” (74) cuyo resultado difería de la intención primordial y concluía con la creación de estereotipos y señalamientos sobre aquel a quien se le ha prohibido tener la voz para definirse a sí mismo o a su entorno.

En *Viaje a pie* no se encuentra ese intento por mimetizarse con el Otro para entenderlo desde una forma de homogeneización, en realidad, con el viaje, Fernando y Don

Benjamín se enfrentan a espacios que, si bien no conocen a profundidad y no hacen parte de su identidad, tampoco intentan cambiar sus costumbres o dinámicas con ideologías que les parezcan más propias, compromiso que sí tenía la etnografía con las comunidades que intervenía, supuestamente, solo desde la observación. Ahora, entendiendo que en este punto la literatura de viajes en Latinoamérica está apenas en construcción, se debe aclarar que, según Luis Albuquerque-García, hay una divergencia importante entre el relato y la novela de viajes, que es esencial para conocer sus incidencias en las construcciones del imaginario colectivo de un continente que busca constantemente dar cuenta de aquello que los ojos externos/internacionales no logran ver. Para Albuquerque, hay novelas con temática de viaje o centradas en un personaje que recorre un trayecto que permite su propio reconocimiento, estas están usualmente (pero no excluyente) escritas en primera persona y usan recursos literarios para describir el entorno, elemento que evidencia su carácter literario (“La literatura de viajes” 256); y el hecho de que desde el siglo XVI se haya popularizado dicha tradición por todo el mundo, es una muestra de sus aportes como discurso que manifiesta los cambios estructurales del territorio en el que se enuncian.

Para Albuquerque-García, la literatura de viajes se divide en dos categorías según su propósito y características: por un lado, los “relatos de viaje”, cuyo carácter es factual, es decir, donde predomina un reconocimiento del entorno a través de un viaje real que no se separa de la carga histórica, aunque esté relacionado con ciertos elementos ficcionales, por ejemplo, la *Anábasis* de Jenofonte (ca. 430 – 355 a. C.), quien se destaca como un viajero real que documenta los hechos memorables extraídos de sus viajes y contados de manera literaria. (“El ‘relato de viajes’” 20) Asimismo, los relatos de viajes permiten un sentido de

paratextualidad e intertextualidad, pues muestran el diálogo de distintos tipos de relatos, tradiciones, intenciones y otros elementos que acentúan el sentido factual en el texto; además, encontramos que las “novelas de viaje” tienen un carácter principalmente ficcional donde predomina la narración en lugar de la descripción verosímil de los hechos y los entornos, por eso esta categoría también puede abarcar viajes ligados a la ciencia ficción o a relatos que propongan una utopía. *Viaje a pie* se puede clasificar en la categoría de relatos de viaje, pues nos presenta al sujeto que transita en la doble experiencia, o como la denomina Albuquerque: “sujeto de doble instancia” (“El ‘relato de viajes’” 29) porque lo podemos entender tanto desde el viaje como desde la escritura, es decir, un doble espacio de movimiento que posibilita la transformación del sujeto. Este doble espacio ha sido ocupado por varios personajes en la literatura de viajes en Colombia antes de la publicación de *Viaje a pie* e incluso después, promoviendo una marcada tradición en este subgénero. La primera novela de viajes que se publica en Colombia es *De sobremesa* en 1896, de José Asunción Silva, una especie de diario de viajes en el que se asocian las experiencias de un personaje “escindido culturalmente” (Martínez 75) por haber vivido en Europa y decidir volver a su país. Con el cambio de siglo aparecen *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, en 1924; *Cuatro años a bordo de mí mismo* (1934), de Eduardo Zalamea; *Mi alma se la dejo al diablo* (1982), de Germán Castro Caycedo; *La tejedora de coronas* (1982), de Germán Espinosa o *Las andariegas* (1984), una novela de Albalucía Ángel donde el recorrido se da en el marco de una historia mundial que es deconstruida y explicada por otras perspectivas desde la experiencia de ser mujer. Entre las obras más influyentes en el marco de la literatura de viajes en Colombia, también encontramos gran parte de la bibliografía de Álvaro Mutis que entre 1986 y 1993 escribe siete novelas dedicadas a las peripecias de

Maqroll y otros personajes cuya vida es el más puro movimiento. Es importante mencionar que la figura del viajero ha sido desarrollada ampliamente en América Latina y, sobre todo, en Colombia, porque permite la construcción de una narrativa trazada desde la marginalidad económica, política, de violencia social y de ambigüedad cultural resultado de la colonia. (Martínez 80)

Retomando el factor de reconocimiento del yo mencionado anteriormente y que se encuentra en el ensayo, para continuar situando a *Viaje a pie* en esta categoría y relacionarlo con las escrituras del yo y la autoficción, encontramos que Auerbach expresa que el ensayo “logra transmitir la experiencia de inestabilidad del yo, a través de argumentos siempre móviles” (ctd. en Giraldo 51) que permiten la comprensión interna de lo que implica un yo que no puede crearse por completo sin estar rodeado de colectividad y sin transitar entre conceptos, ideas y propuestas culturales. En esta obra, además de la “posición fronteriza” (53) entre discursos, Giraldo argumenta que

La obra está regida por la lógica del viaje (una caminata desde el municipio antioqueño de Envigado hasta el interior del país), pero parece vincularse, sobre todo, con la escritura ensayística y la estética del fragmento, donde se enuncian convicciones concretas sobre la persona que supuestamente nos habla y sobre diversos aspectos de la condición colombiana. (53)

En este sentido, *Viaje a pie* se construye con las ideas previas que tienen los personajes y que se van explicando mientras Don Benjamín y González realizan el viaje. El componente principal de esta obra comprende lo que explica Max Bense sobre el acto de escribir ensayísticamente donde se trata de revolver e interrogar profundamente el objeto de

reflexión desde múltiples posibilidades de revisión incluyendo una mirada espiritual sobre lo que se ve y se intenta apalabrar. (ctd. en Adorno 28) El ensayo, entonces, es la forma crítica por excelencia que tiende a liquidar la opinión incluyendo aquella de la que parte (Adorno 30); en este caso, el aporte de la hibridez discursiva empleada por González y que se incluye en la construcción de una literatura de viajes en Colombia para pensar la nación, es el decantarse por textualidades que piensan de manera crítica las verdades establecidas sobre el territorio en el que se vive y donde se crean imaginarios sobre el entorno desde, por ejemplo, la crítica a una política desigual y deshonesta como la exhibe González sobre su país.

Sin embargo, en *Viaje a pie* vemos que es posible la ficcionalización del yo gracias al movimiento, sin que sea necesaria una transformación de gran magnitud en el sujeto que viaja, pues su crítica principal, que influye en lo que González trataría de entender como “nación”, se redirecciona en toda la obra hacia una diatriba política. El propósito de las escrituras del yo es adentrarse en los “sismas interiores” (Giraldo 53) que se nutren del encuentro con lo diferente o desconocido incluso si esto distinto se evidencia en el marco de un mismo territorio como lo es Colombia en este caso:

En *Viaje a pie* coinciden la reflexión sobre la cultura colombiana y antioqueña, la influencia eclesiástica, el porvenir de los jóvenes y la naturaleza, mientras desfilan cosas, aposentos y personas que hacen contrapunto a las meditaciones. El viaje al corazón de los problemas conceptuales encuentra eco en el desplazamiento por las montañas andinas, mientras el hallazgo de ideas y conceptos para el pensar

filosófico y el obrar político halla correlato en plantas, personas y objetos encontrados a lo largo del recorrido. (Giraldo 53)

Así, debido a que la subjetividad con la que se caracteriza al ensayo es lo que permite su apertura temática, esta obra limita entre esa búsqueda del ritmo interior mencionado anteriormente y tan característica de las literaturas del yo, y entre el ensayo como un espacio en el que no tienen cabida el pensamiento filosófico sistemático ni el objetivismo científico (Gómez-Martínez 34) por su voluntad impositiva sobre los discursos, en este sentido, lo que González hace con maestría es presentarse a sí mismo y a su compañero como “filósofos aficionados”, por lo que el texto es más un ejercicio que una postura estricta, lo que permite el diálogo entre el lector y las razones que lo interpelan, a pesar de que el discurso de González parta de sus propias “convicciones concretas” que no presentan cambios importantes en el texto. Por último, Fernando González como sujeto-narrador-protagonista no se transforma de manera proporcional al movimiento generado por el viaje y los cambios del entorno, sino que, más que una transformación interior, el movimiento le permite un tránsito en la crítica política situada en distintos territorios, aunque parta de una concepción regionalista sobre la situación de su país.

El viaje como motivo

No es casualidad que la publicación y censura de *Viaje a pie* se llevara a cabo en 1929. A principios del siglo XX el panorama económico de Colombia es uno que apenas

comienza a acostumbrarse a la abundancia por la mano moderadora extranjera que encuentra en el país una fuente de extracción de recursos y una Colombia que está en aparente paz en comparación a las guerras civiles que experimentó en el siglo anterior. La Guerra de los Mil Días se da por terminada en 1902 con centenares de víctimas; Colombia pierde al territorio estratégico que es Panamá en 1903 y se encuentra en un estado de reconstrucción en el que se descubren los alcances de la exportación del café que permite una sensación de rápido desarrollo económico y de interés extranjero. Con el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, toda Latinoamérica se da cuenta de la importancia que trae el fortalecimiento de las industrias locales para “asumir por sí mismos la solución de sus problemas.” (König 121) Colombia no se queda atrás, y como la exportación de café es una de las mayores fuentes de ingreso y crecimiento económico, el país recibe el foco internacional que lo obliga a la creación del Banco de la República en 1923. Este elemento es importante porque es uno de los pocos productos que no es comercializado sólo por grandes productores sino también por “pequeñas empresas agrarias [...] que impulsaron la creación de una industria colombiana propia de productos de consumo” (123) que con otros productos como el banano o el petróleo no era tan notoria porque estos eran manejados por empresas extranjeras extractivistas establecidas en el país. Por supuesto, la dimensión económica afectó directamente a la fragmentada sociedad colombiana del momento que encontró en el mercado local la posibilidad de escalar socialmente y tomar postura frente a la presencia de una inversión extranjera que explotaba el territorio pero que permitía el “ingreso de enormes cantidades de divisas por préstamos norteamericanos.” (126).

Para el año de 1922, la red ferroviaria -por la que viajaría Fernando González un par de años después- se amplía de manera necesaria para conectar ciertos puntos estratégicos del país que vincularían las zonas de máxima producción. En un principio esa era una idea que promovía el desarrollo tanto económico como cultural; sin embargo, los problemas de organización y repartición de los bienes y servicios que observamos en la actualidad tienen su antecedente en este momento de rápida construcción de infraestructura, pues como lo explica Hans-Joachim König:

La red vial alcanzó, en 1930, los 5.500 km pero no por ello se creó así una red vial *nacional*, lo que hubiera significado una integración geográfica de Colombia, debido a que la construcción se realizó en forma no coordinada, no controlada y malgastando los fondos [...] De esta manera, a la enorme deuda externa causada por la forma en que se invertía, se agregó la ineficiencia. (128 énfasis propio)

A causa de este desorden en la planificación territorial del país, incluso los inversionistas extranjeros dieron un paso atrás a su aporte y la economía se vio nuevamente estancada. Los años veinte en Colombia son un momento álgido y clave para el lento desarrollo posterior de un país que no ha sido capaz de entender su propia biodiversidad y su amplio territorio como fuente de progreso. Poco a poco las políticas conservadoras que habían regido a toda costa comienzan a decaer y encontramos que, más que la consolidación, la popularidad de un pensamiento de oposición en la política es clave para poner al país en movimiento nuevamente, pues emerge un nacionalismo que mira despectivamente a las petroleras estadounidenses y que comienza a despertar sobre la

represión gubernamental vivida por los obreros colombianos y la falta de una política de desarrollo nacional. (137).

La ruta que deciden tomar Fernando González y Don Benjamín en el comienzo de una recesión económica mundial, comprende una pequeña parte del occidente colombiano, territorio colonizado por los antioqueños, en un intento por rehacer los pasos de sus antepasados (Echeverri 39) y encontrar en este camino el proceso para una trascendentalidad que, para ser auténtica, debe llevar marcada la pregunta por la “idea nuestra” y la búsqueda por el paisaje original que identifique el pensamiento verdaderamente latinoamericano; es por esto que las principales descripciones de la obra se centran en reconocer la variedad de los paisajes naturales que se visitan. La ruta es la siguiente: los dos amigos comienzan tomando el tranvía en El Poblado en la ciudad de Medellín, continúan por El Retiro, La Ceja, Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neiva, Manizales, Cali, Buenaventura, Armenia y Los Nevados.

La columna vertebral del viaje que deciden emprender está marcada por una idea de ritmo que desarrollan a lo largo del relato donde la crítica es el desconocimiento de este por parte de la mayoría de los colombianos (González 34). González se hace cargo de un ritmo interior inherente al hecho de pensarse y pensar conscientemente sobre el entorno que se recorre, consciencia que, según el texto, no se ha podido desarrollar en el territorio colombiano a causa de la hegemonía conservadora que marca la parada política en los años veinte y que no permite una reflexión propia más allá de las imposiciones religiosas. Al respecto, encontramos que “para ellos [los colombianos], se camina cuando se va para la oficina, cuando se viene del mercado. No está aún en las posibilidades mentales de nuestro

pueblo el comprender los fines interiores.” (39) Esta es una de las primeras referencias de González y Don Benjamín donde la crítica hacia la estructura social del país y hacia el rechazo generalizado hacia la apertura cultural se ven explícitos mientras atraviesan el occidente. Desde el principio, y a lo largo de la narración³, no se evidencia una postura que pretenda resolver los conflictos socioculturales de la época, pero sí dar cuenta de que los existentes son resultado directo del obnubilado Estado colombiano que no puede desprenderse de la religión. (49) Es en el tercer capítulo que González establece su postura en contra de los curas “palúdicos”; y más adelante, en su paso por El Retiro, la inmersión en la vida de los pueblerinos y sus prejuicios, además de servir como justificación para González sobre el retraso de su país, también parece alimentar la idea del ritmo donde el movimiento aparece como ese acelerador que la sociedad no permite apagar, en un sentido vigilante; después, González y Don Benjamín despiertan del letargo de una sociedad que cada vez se mueve más rápido con el propósito de generar fortuna antes que bienestar. Entre múltiples cavilaciones sobre las mujeres y el amor, González expresa que este, su joven ideal, debe guiarse por un pragmatismo que le permita recoger el fruto de un trabajo no avaricioso, pero inevitablemente perfeccionista y crítico de su lugar como ciudadano.

En las inmediaciones del Río Piedras, en el municipio de La Ceja, Fernando González y Don Benjamín relegan sus decisiones al destino que les impone una moneda de diez centavos que, por el lado de la “cara”, contiene a un Simón Bolívar que en cierta medida se trata de romantizar. La figura del libertador como uno de los mayores hitos

³ Siempre desde la perspectiva de Fernando González, pues Don Benjamín no es el narrador en ningún momento.

identitarios de Colombia gana peso en la narrativa de González, para quien resulta un héroe a quien el desarrollo de una de sus repúblicas no ha dado los frutos ideológicos/políticos que él hubiera querido, lo que conduce al narrador a uno de los pensamientos más directos que se encuentran en el libro sobre la constitución de una nación colombiana:

¡Pero en todo hemos sido desarmónicos! Un sátiro de Cartagena dio principio a la descomposición moral. Comenzaron vendiendo a Panamá y hoy está casi todo vendido. Ya Colombia no hace versos. A la sombra del Simón Bolívar atormentado de las plazas públicas, a la sombra de las iglesias y sirviendo de moneda la cara angulosa del Libertador, se reparten los dineros. No tenemos ideas; no tenemos sino opiniones; de vez en cuando hacemos un soneto a Cristo Rey y por ello nos envían como diputados. (83-84)

Si bien este fragmento es una crítica directa a la corrupción y al lento desarrollo económico del país en ese momento, con el transcurso de la lectura de *Viaje a pie*, es evidente que la percepción de González y de Benjamín es una que construye la nación colombiana desde el lugar central que es la región andina, aunque no logre ponerse de acuerdo con otros sujetos que demuestran un regionalismo acérrimo y cuyas opiniones son “¡El Valle del Cauca no sirve para nada! No hay como Medellín, donde se *propugna* por las carreteras.” (González 85) Según Angélica González Otero, la narrativa de viajes está configurada por dos actantes: el sujeto que viaja y los sujetos que lo reciben, quienes establecen una relación dialéctica que permite el intercambio de conocimientos, teniendo en cuenta que en la mayoría de los casos el viajero proviene de un lugar privilegiado epistemológicamente y sus ideas sobre el territorio visitado pueden contribuir a la

instauración de un discurso narrativo que, si previamente ya estaba condicionado, su experiencia de viaje soporta ese lugar de enunciación que imprime realidades sobre el “otro”. Así,

La figura del viajero se establecerá en la escritura y será la que propicie nuevos interrogantes en la discusión de la construcción del país; la presencia del viajero en la narrativa de viaje colombiana será la que ponga en la balanza las dicotomías culturales que van a estar presentes en la vida social y política del país, para desarrollar más adelante una visión más compleja, donde la búsqueda de los orígenes posibilitaría desarrollar aspectos narrativos que evidencien los pliegues heterogéneos y diversos que amparan nuestra identidad. (González Otero 82)

Sin embargo, estos pliegues heterogéneos pueden ser seleccionados con antelación por el sujeto que viaja, de hecho, en *Viaje a pie* son pocas las descripciones sobre los pueblos o ciudades que se visitan y la narrativa que prima sobre estos lugares se relaciona principalmente con su estatus de periferia, por lo que González como narrador estaría perpetuando la principal posición de los años veinte y treinta en Colombia donde el país debe ser regido por las reglas ideológicas impuestas por los dos centros más importantes del momento: Bogotá y Medellín. El viaje que emprenden González y Benjamín es poco espontáneo y sigue una ruta trazada con antelación, que, para González Otero, al ser un viaje realizado a fin de año, “no es un viaje que fracture la vida o que instaure una ruptura con el entorno del viajero, sino un viaje que ha sido planeado y trae marcado ciertos límites, precisamente porque la vida convencional espera”. (87)

Respecto a las ideas que lideran la percepción del narrador sobre las regiones y los lugares que visita, tenemos que con el proceso de construcción nacional de la república de Colombia en el siglo XIX, las élites criollas se encargaron de difundir un discurso, además de racista, totalizante, sobre las regiones distintas a la andina guiadas por teorías de superioridad climática y geográfica según las cuales el calor o la humedad de la costa, el pacífico, los llanos y las selvas no permitían el desarrollo intelectual y el cultivo de un temperamento apacible y civilizado (González Otero 87n2), en cambio, a estas élites criollas les resultaba como un espacio de libertinaje y acceso sexual, territorios sucios cuya única preocupación residía en dejarse llevar por el placer, la traición y el ocio. La extensión de este pensamiento hasta la narrativa plasmada en *Viaje a pie* se puede evidenciar cuando, con la llegada de González y Benjamín al Valle del Cauca, nos encontramos con que en su visión de sujeto andino que viaja a la periferia, este lugar le resulta un valle sensual que

“se extiende ilimitado al sur entre dos cordilleras laterales poco elevadas; el tren recorre una recta bordeada de guaduales, cacaotales e inmensas praderas; en las casas de las dehesas se ven tirados en el suelo, adormecidos por el calor, esos negros de voz triste, dormilones y de alma hermética, para quienes en la tierra no existe sino la palmera; sus mujeres son palmeras; se les pregunta por el nombre de los árboles y contestan: “Eso es una palmera”. La negra lustral de ese valle nos tentó. El Diablo nos susurraba al oído...” (González 229)

Así, esta mirada masculina con tintes racistas y condescendientes que se evidencian en la descripción de González al final del viaje, demuestra un “viaje cerrado” donde el sujeto que se mueve no se sumerge en el proceso transformador que implica el encuentro

con el Otro, es decir que el desplazamiento de González y Benjamín no es un proceso dialógico que permita la revisión de los paradigmas heredados sino que la voz narradora transita entre la reafirmación de sus motivos y creencias y resulta en la falta de exposición descriptiva del viajero mismo frente a la otredad. (González Otero 90-91)

Es decir que, en términos de Homi K. Bhabha, el personaje-narrador que emprende el viaje no cumple con la función principal de viajar que consiste en detenerse en un espacio “entre-medio” [*in-between*], que establece “el terreno para elaborar estrategias de identidad [*selfhood*] (singular o comunitaria) que inician nuevos signos de identidad, y sitios innovadores de colaboración y cuestionamiento, en el acto de definir la idea misma de sociedad.” (*El lugar de la cultura* 18), por lo que resultaría inoportuno referirse a *Viaje a pie* como un texto en el que se encuentren elementos directamente relacionados con el concepto de alteridad para reconfigurar los imaginarios de nación racistas y centralizados mencionados anteriormente, sin embargo, la propuesta crítica de la obra trabaja el sentimiento patriótico desde las tensiones políticas del momento entre liberales y conservadores, lo que le permite evidenciar una problemática pertinente sobre el manejo de la política del país, que sería la característica principal de su visión: una nación atrasada en el tiempo que no aprovecha sus centros de producción de conocimiento a causa de la corrupción generalizada y la resistencia de la religión imperante frente a una apertura hacia la cultura de las naciones occidentales ya establecidas que son su modelo a seguir, su imaginario de lo que significa el desarrollo y la ruta a seguir para progresar como nación.

CAPÍTULO 2

EN EL CAMINO

En el camino es la novela de Jack Kerouac publicada en 1957 que ha marcado a las generaciones jóvenes en Estados Unidos desde el momento de su publicación y que, según Douglas Brinkley, es “the great american coming of age book” (Brinkley 00:06:20-00:06:30) por su gran influencia en muchos ámbitos de la cultura estadounidense y por haber sido escrita en un momento donde tanto su prosa como sus ideas resultaron controversiales por el contexto que la rodea: a partir de 1939, comenzando la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos decide convertirse en el “arsenal de la democracia” (Nevins et. al 419) bajo la idea de una nación fuerte, con una hoja de vida militar triunfante, y al “auxilio” del resto de países y/o naciones occidentales. Con el cambio de década, el desarrollo de Estados Unidos en los años cuarenta está marcado por la recluta de aproximadamente un millón y medio de soldados y oficiales (418)⁴, además de la producción masiva de armamento de la que incluso las universidades y los laboratorios de investigación hicieron parte, logrando la colaboración de la comunidad intelectual para salir victoriosos a través de radares, sonares y despiadadas armas nucleares (420). La Segunda Guerra Mundial termina en 1945, y dos años después comienza la Guerra Fría, periodo en el cual Estados Unidos teje su idea sobre cómo debe funcionar la *paz*, recurriendo al apoyo

⁴ Kerouac también participó. Hizo parte de la marina de los Estados Unidos por poco tiempo hasta que fue dado de baja por presuntas razones psicológicas.

de los países que ayudan a construir organizaciones internacionales (como la OEA) con pautas sobre cómo proceder en los posibles enfrentamientos futuros.

La complejidad de sus decisiones hacen de la década de 1950 en Estados Unidos un momento álgido: una gran inversión en la industria promueve el consumismo desmesurado de este país ganador de guerras, Eisenhower gana las elecciones instaurando políticas sobre el actuar militar y las respuestas y responsabilidades con los países que no se ajustaban a sus creencias en contra del comunismo, por lo que se mantuvo un estado de vigilancia constante y de tensión con los países que conformaban la Unión Soviética o que estuvieran mínimamente relacionados con ella; por otro lado, en esta década la industria del cine tiene alcance mundial y establece los estereotipos y pautas que representan el triunfo de la cultura estadounidense. Asimismo, la música es el nuevo interés popular y se esparce rápidamente el gusto por el jazz y el pop a pesar de los prejuicios asociados a sus orígenes. En este sentido, la construcción de un sentimiento de apropiación general sobre los elementos que se resaltaban del ser estadounidense se basó en el patriotismo que les permitía diferenciarse de los otros y de las ideas reproducidas masivamente por los nuevos medios de comunicación que también encontraban en el arte formas propagandísticas. Durante esta década, la mayoría de los estadounidenses eran complacientes frente a la prosperidad que por fin se visualizaba en pleno periodo de posguerra; tenían sentimientos complicados que facilitaban la inclinación por esferas más tradicionales o conservadoras; así, “la cultura del conformismo servía a la vez como influencia conservadora y como un pseudo-sistema de valores implícito. Como esta estructura intelectual negaba la validez de las ideologías alternativas, prácticamente impedía todo desafío ideológico directo.”

(Rorabaugh 217). Entonces, a finales de los cincuenta, aparecen las ideas de la *Generación Beat* intentando escandalizar principalmente a la clase media para provocar en ella reacciones frente a los conflictos de su sociedad aturdida. Es decir, el sentimiento general de los años 50 es el de una quietud sospechosa y altamente consumista que llevó a los Estados Unidos a ser uno de los principales productores de los bienes sofisticados del mercado global que se movía motivado por la avaricia (28).

Por otro lado, también se invierte mucho capital para fortalecer la seguridad nacional mientras que el país, bajo el mandato de Harry S. Truman, enfrenta una deuda billonaria tanto por la guerra que acaban de ganar como por su participación en la separación arbitraria de la Corea que paralelamente se encontraba bajo dominio estadounidense, situación que exagera las preguntas identitarias propias sobre qué tan aceptables son las maneras en que Estados Unidos se relacionaba con otros países; estas preocupaciones y amenazas cotidianas están reflejadas, por ejemplo, en *En el camino* (1957):

Era el primer día del segundo mandato de Harry Truman. Un gran despliegue de poderío militar tenía lugar a lo largo de Pennsylvania Avenue cuando nosotros pasamos en nuestro «barco maltrecho». Había B-29, lanchas de desembarco, artillería, todo tipo de material bélico exhibido en el césped nevado. [...] – ¿Qué diablos está haciendo esta gente? Nuestra sagrada y alelada gente norteamericana... Harry durmiendo en alguna parte de la ciudad... (Kerouac 194).

La Guerra Fría, entonces, fue el escenario ideal para la creación de metanarrativas que fomentaron una atmósfera de tensión que fácilmente impulsó el conformismo social y

las actitudes consumistas (Johnston, A 105). En momentos tan trascendentales como lo son las guerras y los periodos de entreguerras, Estados Unidos se mantuvo firme en su prospecto de país potencia económica y cultural, aunque el ejemplo que le mostraron al mundo fue también el de un país que impuso trabas legales para fortalecer su sistema de segregación racial como sólo se vio de una magnitud apenas similar en el apartheid de Sudáfrica y Namibia entre 1948 y 1992.

Los referentes de la Generación *Beat* nacieron entre 1914 y los años veinte y eran apenas unos jóvenes cuando sucedieron tanto la Gran Depresión como el resto de los enfrentamientos bélicos y las decepciones económicas de la época. Esta generación creció, entonces, con ideas específicas sobre la prosperidad y el desarrollo; su imaginario heredado sobre cómo debía funcionar un país estaba marcado por la creación de políticas exteriores y la búsqueda de unas libertades individuales que no se ajustaban con las ideologías de otras zonas del mundo; por lo que, con el surgimiento de los *beats* a finales de los cuarenta y principio de los cincuenta, el orden ya establecido y cómodo que surge del periodo de posguerra, comienza a ser abiertamente cuestionado a través de la exploración de elementos como la filosofía oriental, la expansión de la mente con el uso de las drogas en auge⁵ y el apoyo a la libertad sexual mezclado con el disfrute de música como el jazz y sus derivados que eran relacionados popularmente con barrios peligrosos y con la desdeñada cultura afroamericana. En este caso, los *beats* rechazaban tajantemente los límites impuestos por la segregación racial, desarrollando una movida cultural que exploraba nuevas posibilidades desde el encuentro con el otro donde la música y la literatura funcionaron como agentes

⁵ Como la Dietilamida de Ácido Lisérgico (LSD), la Bencedrina, la marihuana y la heroína.

contraculturales y espirituales, convirtiéndose además en “las primeras figuras culturales de aquellos años que expresaron en público ideas privadas opuestas a los valores tradicionales.” (Rorabaugh 219). De hecho, desde el nombre asignado por Jack Kerouac – uno de los gestores de la generación *beat*–, tenemos que sus intenciones provienen del sentirse un *outsider*⁶ dentro de las dinámicas sociopolíticas y culturales de su propio país, según Peter Tamony,

The origins of the word “beat” are obscure, but the meaning is only too clear to most Americans. More than mere weariness, it implies the feeling of having been used, of being raw. It invokes a sort of nakedness of mind, and ultimately of soul; a feeling of being reduced to bedrock of consciousness. In short, it means being undramatically pushed up against the wall of oneself. A man is beat when he goes broke, and wagers the sum of his resources on a single number... (274).

Resulta consecuente, entonces, que un grupo de adultos jóvenes inconformes encontraran en los límites de su propia sociedad un espacio para sembrar nuevas ideas y sentires frente a ese vacío de mente y alma que no podía ser llenado con el consumismo de proyecciones vacuas, electrodomésticos variados, un trabajo de oficina y traje y el rechazo a cualquier postura no tradicional. Es precisamente ese sentimiento inexplicable frente a un país que presume de sus libertades mientras encierra y limita en su territorio a aquellos que son mínimamente distintos (ya sea por su color de piel, procedencia, orientación sexual o creencias religiosas), lo que hizo posible la creación de un movimiento como la Generación *beat*. Por supuesto, el debate alrededor de sus implicaciones políticas es importante porque

⁶ Forastero, extranjero, extraño, intruso.

permite tomar distancia y evaluar tanto aportes como desaciertos, pues para algunos críticos la Generación *Beat* no se puede clasificar como un movimiento sino como un pequeño grupo con las mismas e intensas visiones privadas (Burdick 553) por un estilo de vida que surge desde los márgenes de la sociedad donde sus contribuciones no trascendían las barreras políticas y a veces resultaban incoherentes con la articulación teórica de sus pensamientos. Así, podemos afirmar que el país se encontraba en una fuerte crisis identitaria que cimentó sus propios sinsabores, y más allá de lamentar las pretensiones políticas que pudieron haber alcanzado, y de si el término “movimiento” es estrictamente preciso, se puede decir que inevitablemente –y gracias a influencias como Whitman, Miles Davis, Hemingway, Ezra Pound, Jack London, Billie Holiday, Charlie Parker, entre otros– la Generación *Beat* logró captar en su literatura y en sus maneras de actuar frente al ojo público unas reacciones que abrieron la posibilidad de discutir sobre lo mal visto, lo inexplorado, aquello alterno y distinto.

El viaje: la voluntad de narrar

Jack Kerouac nació el 12 de marzo de 1922 en Lowell, Massachusetts, Estados Unidos, de padres francocanadienses cuya fe católica se mantuvo como un interés para él durante toda su vida, viendo ángeles desolados y señales de espiritualidad en muchos de sus amigos. El viaje, la pregunta alrededor de Dios, sobre cómo vivir explorando los recovecos

del “yo”⁷, junto a la rapidez de la vida y la música son temas recurrentes en su obra que comprende más de 10 libros, la mayoría novelas con tintes autobiográficos como *Los vagabundos del Dharma* (1958), *Big Sur* (1962), *Visiones de Cody* (1972), entre otros; aunque también escribió⁸, en menor medida, poesía. En 1969 y con 47 años, falleció a causa de una hemorragia generada por largos años de alcoholismo y una vida temprana desenfrenada que desencadenó en cirrosis. Su novela más popular, *En el camino* (1957), sigue siendo estudiada en su relación con las contraculturas, por su estilo poco convencional y, sobre todo, por su impacto en una sociedad estadounidense cerrada en sí misma y a la defensiva de la nueva generación que creció con la desazón generada por las guerras, cuyo paisaje se conformaba por “las nubes del valle que te hacían sentir la vastedad de la vieja y sagrada Norteamérica en ruinas”. (Kerouac 214).

La leyenda alrededor de esta novela plantea que el libro completo fue escrito gracias a un momento de inspiración que duró tres semanas con la ayuda de consumo constante de Bencedrina, dando un resultado acorde a la filosofía del *first thought, best thought*⁹ tan característica de la escritura y el estilo de vida *Beat* (Amundsen 31). Sin embargo, la verdad detrás de su maestría en la escritura de la novela reside en el proceso previo de organización de las ideas y el hecho de trabajar constantemente en su contenido y estilo,

⁷ Según Burdick, Kerouac está convencido de que sus encuentros con todos aquellos que resultan *outsiders* en su país, al tratar de comprenderlos, le dotarán poco a poco, de unas cualidades cristianas, no en el sentido de sentirse mártir, sino de expresarse sinceramente, como un Cristo amable y piadoso.

⁸ Su mítico estilo de escritura desenfrenada y las influencias literarias le permitieron construir una obra amplia que también incluye guion cinematográfico, en gran medida gracias a la práctica de emplear un solo rollo de varios metros de largo para máquina, facilitando la escritura ininterrumpida. Más adelante se descubriría que su escritura partía también de ideas previamente organizadas y depuradas, mezclando formas tradicionales de escritura.

⁹ El primer pensamiento es el mejor pensamiento.

que con una estructura transgresora permitió ser “escrita” en poco tiempo; si bien se pueden encontrar similitudes con el estilo de monólogo interior de Joyce o de Faulkner, la espontaneidad de la escritura de Kerouac se encuentra en la influencia de la musicalidad y la rapidez con la que se cuentan las historias en el jazz, dejando como legado una prosa mucho más accesible (Amundsen 34).

El ejercicio descriptivo en *En el camino* se realiza con una mirada desde la “periferia de la sociedad” (32), por lo que se puede afirmar que la novela transita entre la ficcionalización de los hechos permitida por las categorías de novela y relato de viajes y el inconsciente ejercicio autoetnográfico. Así, para Michael Amundsen, la novela de Kerouac deja un recuento no sólo verosímil, sino detallado y crítico de la sociedad estadounidense de mediados del siglo XX: “*On the road* spurs cultural encounters and promotes travel, adventure and discovery. All four of these things are at the heart of ethnography.” (33). La novela es un ejercicio sincero que ha impactado en las juventudes que la han leído durante los casi 70 años desde su publicación y que se ha visto reflejada en la evolución de la cultura popular de los 60 en adelante llegando a producir la estetización del personaje bohemio que viaja con pocos recursos y cuya moraleja es la metáfora del viaje como un proceso y no simplemente como un destino. (36) Estas ideas se expandieron gracias al rock de los 60 y al auge de movimientos como el antirracismo o el pacifismo que vieron en los *beats* un antecedente rebelde e inconforme con la construcción de la sociedad estadounidense.

Los encuentros culturales a los que se refiere Amundsen que llevan consigo la aplicación de formas distintas de viajar y las posibilidades de situarse en un espacio,

implican el sentido de descubrimiento y redescubrimiento al que ha aludido la literatura de viajes incluso desde antes de ser catalogada como tal o de lo explorado por relatos como *La Odisea*, *La Eneida* o *Las crónicas de Indias*, por lo tanto, no se puede dejar de lado la intencionalidad con la que aparece un tema como el viaje en *En el camino*, desde cuyo título podemos anticipar que el movimiento es central para la historia y el sujeto.

Antecedentes como Thoreau, Emerson, los trascendentalistas, Whitman o Jack London (Amundsen 34) que Kerouac tenía muy presentes, ayudan a comprender el deseo por descifrar los misterios del ‘otro’, del marginado, el *cowboy*, el vagabundo, el recolector de café, los *okies*¹⁰ o los mexicanos de la frontera, quienes con sus vivencias e ideas sobre el mundo alimentaban el vacío y la capacidad de sorpresa de unos jóvenes a quienes se les exigían comportamientos específicos y anhelos comunes al resto de la sociedad estadounidense de los cincuenta y a los cuales intentaron firmemente no sucumbir.

En Kerouac el viaje es esa posibilidad exploratoria de conocer un territorio y en cierta medida, a su gente, también de equivocarse e improvisar, de cambiar las sensaciones anquilosadas y sobreponer lo desconocido a lo conocido: “Me lo había representado mentalmente, pero ni en sueños lo había imaginado como resultó ser.” (Kerouac 26) Y, por supuesto, de recorrer el espíritu interno que mueve al sujeto viajero, como se puede leer al principio del primer trayecto de viaje en la novela:

¹⁰ Los *okies* eran familias desplazadas por la Gran Depresión y por las tormentas de arena (“Dust Bowl”) de los años 30. Los *okies* se dedicaban a la agricultura y vivían desplazándose y con pocos recursos. El nombre se les asignó porque la mayoría eran de Oklahoma.

Estaba lejos de casa, obsesionado y agotado por el viaje, en una habitación de un hotel barato en el que jamás había estado antes, [...] y por espacio de unos quince segundos no supe quién era. No era miedo. Simplemente era otro, un desconocido, y mi vida entera era una vida encantada, la vida de un fantasma... Estaba a medio camino de atravesar Norteamérica de costa a costa, en la línea divisoria entre el Este de mi juventud y el Oeste de mi futuro... (32-33)

Es decir, un sujeto dispuesto a enfrentarse a las experiencias del viaje que emprende podría ser capaz de moldear sus ideas sobre el mundo y de absorber los aprendizajes y derrotas, que son los verdaderos acompañantes en el camino.¹¹ Sin embargo, la condición que atraviesa a muchos de estos partícipes del viaje es la de una otredad antes desconocida o apenas reconocida, por lo que comprender cómo se trata el concepto en la novela puede ser difícil de precisar. Para ampliar esta propuesta, se debe tener en cuenta que las ideas sobre la otredad se popularizaron gracias a los estudios subalternos desde donde Gayatri Chakravorty Spivak expone que la crítica y los intelectuales han construido una imagen sobre la cultura occidental a partir de la cual se ha diferenciado el resto del mundo no perteneciente a este espacio, por lo que el reconocimiento y la caracterización de ciertas poblaciones se ha marcado desde las diferencias, entendidas como un aspecto inevitablemente negativo del *otro*, y por lo tanto, como un opuesto a las simpatías generadas por las figuras culturalmente hegemónicas.

La situación de la otredad, entonces, se trata de la soberanía del proyecto imperialista sobre los procesos de subjetivación de los grupos oprimidos históricamente.

¹¹ no pun intended

Spivak toma un comentario de J.M Derrett como ejemplo: “La primera legislación sobre la ley hindú fue llevada a cabo sin la aprobación de un solo hindú”. (345) Lo que quiere dejar claro Spivak es que los mecanismos para representar y para generar teoría y crítica sobre las culturas no hegemónicas han sido obra de la mirada colonizadora que se socializó históricamente como la civilizadora y el modelo a seguir, dejando al mundo no occidental con la tarea de imitar dicho modelo aunque difiera peligrosamente de sus propias culturas, necesidades o sistemas de organización.

Según José Jorge de Carvalho, la cuestión de la mirada resultó problemática desde un principio por el establecimiento del binarismo primitivo-civilizado, donde se asumía que el primero tenía una concepción natural de su entorno que resultaba irreflexiva, y el segundo, etnocéntrico y occidental, se impuso a sí mismo como la única cultura capaz de abrirse a lo desconocido y de generar horizontes interpretativos a partir de una racionalidad inamovible y supuestamente precisa. (290) Es por esta razón que en *En el camino* es evidente que el lugar desde el cual se posicionan Kerouac y Neal cuando salen de su nación conocida y se enfrentan a realidades sociales alternas es el de comparar la infraestructura de su país con el país Otro que observan por primera vez y del que “ya no sabemos nada” (Kerouac 387). Los estudios subalternos encuentran un problema en la representación de las clases oprimidas, pues al existir desde una condición de silenciados, se ha establecido que requieren de un mediador para exponer sus intereses; debido a que el subalterno no controla los medios a través de los que se le representa, no puede estar a cargo de qué parámetros escoge el mediador para describirlo (De Carvalho 300). Constantemente representados a través de las palabras de un yo hegemónico cuya primera impresión puede

ser exotizante, como en la novela: “¡Qué país más salvaje!” (Kerouac 390), llama la atención que se perpetúe la forma de representar eso extraño por lo que se tiene curiosidad, remitiéndose de inmediato a lo que el sujeto supone en lugar de brindar un espacio para que ese denominado Otro aporte a la construcción de su propia imagen. Fuera de los límites conocidos, Kerouac y Neal encuentran en su lugar de enunciación los parámetros a partir de los cuales sentirse alternos y lejanos a una modernidad que no es la suya, y, por lo tanto, que les resulta incompleta: “Fuera de la carretera, sobre aquel risco, a muchos kilómetros a lo lejos, serán aún más salvajes y extraños, porque esta carretera panamericana civiliza en parte a los miembros de esta «nación» más cercanos al asfalto.” (Kerouac 417)

Cuando el viajero, en un intento por escapar de su cotidianidad y asociarse con nuevas experiencias, transita hacia lo desconocido, se convierte, en términos de Otmar Ette, en el “viajero puro” que es como una correa de transmisión que funciona al mismo tiempo como aparato autenticador de la experiencia y también como aquel que transfiere y recibe la información del viaje (*Literature* 30), es decir, en la forma de relacionamiento con el entorno, su experiencia sensorial completa y, específicamente visual, alimenta múltiples perspectivas a partir de procedimientos que se corroboran con:

the distanced description, the critical use of sources and a discursive meditation that considers the dissemination of knowledge about society. From the tension between the narrated and narrating I emerges the possibility of reflecting in dialogue with the reader forms and problems of the perception of the Other and even of getting the reader himself involved in these theoretical problems of perception and therefore confronting him with the movement of understanding not only a narrative, but also

on a theoretical-discursive level. In this way readers get the chance to re-think their own habits of perception and to try new forms of appropriation of foreign realities. Travel literature sets a hardening perception of the foreign as well as of the self into motion again. (30).

La propuesta de Ette integra al “ser narrado” y al “yo narrador” como actores que revelan en los textos las problemáticas que implica la creación de una narrativa sobre el Otro, transmitiendo estas ideas al lector, cuyo trabajo también será identificar el movimiento y confrontarlo como componente constitutivo de un discurso que puede ser hiriente, negativo o exotizante y que necesita y/o puede ser repensado para crear nuevas formas de entender las realidades alternas o extranjeras (foreign realities). Kerouac desborda en su novela una multiplicidad de estas descripciones que, dentro del territorio Norteamericano son muy variadas dependiendo de la población a la que se refiera y de la cercanía que tenga con estas. Sin embargo, al salir de su espacio natal, cotidiano, y por lo tanto, de cierta manera conocido, la narrativa encargada de describir la experiencia se torna en gran medida problemática y completamente distanciada de las realidades y opiniones del sujeto observado y narrado: “Además, conocemos Norteamérica, estamos en casa; en este país puedo ir donde me dé la gana y conseguir lo que me dé la gana, porque es lo mismo en todas las esquinas, y conozco a la gente y sé lo que hace.” (Kerouac 175).

Según Rachel Adams, cuando Kerouac y Neal atraviesan la frontera hacia México, las expectativas contraculturales y de resistencia que moldean la mentalidad de estos viajeros que se encuentran con la idea turística de un México primitivo, se chocan abruptamente con

another national space governed by laws and conventions of its own. Instead of unhibited freedom, their arrival on the other side of the border requires them to negotiate language barriers, the dynamics of citizenship, and cultural difference. Instead of a conflict between wilderness and civilization, they find competing versions of modernity. The literary works that result from such turbulent confrontations portray the juncture where national myths collide with foreign policy changes and the transnational circulation of culture. (60).

La lectura de Adams explora el impacto que tienen los choques entre la mirada estadounidense y la mexicana, resaltando que los agentes de ambas sociedades/culturas desconocen el funcionamiento social y político de la otra. Este impacto da como resultado una obra literaria que sirve como registro de los mitos nacionales y la socialización de las culturas, su lectura se muestra conciliadora e indulgente frente a las descripciones explícitas encontradas en la novela sobre esa confrontación de un México cuya modernidad sigue siendo relacionada con lo primitivo en oposición al hiperdesarrollado Estados Unidos:

“Cuando de pronto se pusieron a hablar lo hicieron con frenesí, y casi de forma estúpida. Solo calladas eran ellas mismas. -Han aprendido a vender este cristal hace *muy poco*, desde que pasa por aquí la carretera, hace unos diez años... Hasta entonces esta nación, toda ella, ha debido de vivir en el *silencio*.” (Kerouac 419)

Resulta contradictorio que, si el propósito aparentemente claro de los viajeros en *En el camino* es el de procurar un encuentro más allá de su zona de confort para ampliar su propia mentalidad a escala continental y adoptar nuevos estilos de vida complementando la identidad nacional y su espiritualidad, no les sea posible a los sujetos viajeros aceptar que

otras culturas se han cimentado a partir de dinámicas distintas a la propia, sin pensarlas necesariamente como primitivas o incorrectas. Ese silencio que se resalta en el comentario de Neal, alude a dos posiciones que continúan siendo contradictorias: por un lado, la crítica del lugar de origen del que deseaban escapar para alejarse de su estilo de vida rápido y efímero, creyendo también que es esa la manera más civilizada de habitar el mundo; y, por otro lado, pensar que ese mismo lugar de silencio es el único en el que se puede encontrar la pureza del Otro, sólo desde la observación.

A propósito de las interacciones entre Kerouac y los grupos no hegemónicos con los que coincide en su país, nos encontramos con que las descripciones estereotípicas de poblaciones que son otredad¹² no son difíciles de distinguir; aun así, el acercamiento y la creación de ciertos imaginarios al respecto, tiende hacia las ideas positivas sobre el otro, en tanto es conciudadano: “Yo, por mi parte, imaginé una noche oscura y polvorienta de la pradera, y las caras de las familias de Nebraska, *okies* la mayoría de ellas, paseándose por delante de los puestos, con sus niños sonrosados mirándolo todo con asombro reverente (Kerouac 40)”. Es decir, la vida nómada de estos campesinos desplazados causa un asombro y respeto tan fuerte que el sujeto viajero deja por un tiempo su estilo de vida para realizar el ejercicio de *metonimize* con sus esfuerzos, trabajar tan arduamente como ellos y vivir en una tienda en medio de la nada para empaparse de la experiencia que posicionará a los *okies* como una otredad valiosa para el espacio nacional. En términos de Cresswell, “the people Kerouac describes with the most passion are the very ones society does it best to ignore: the junkies, the dropouts and the hobos. Most of these characters are homeless and

¹² Y con las que inevitablemente comparte elementos culturales por habitar el mismo territorio.

travelling from one place to the next – happy to be nowhere and everywhere.” (255) Sin embargo, para el mismo sujeto viajero, al cruzar la frontera le parecen indignas situaciones que puedan ser similares: la vida sencilla en el campo mexicano por parte de sujetos que también tienen una posición subalterna, le resulta un síntoma de lo primitivo que no vale la pena experimentar, y el lugar de enunciación de las mujeres que intentan ganarse la vida vendiendo cristales en la carretera que les han impuesto irrumpiendo en su normalidad, es apenas un esbozo del proyecto civilizador que les espera, por lo tanto, es un lugar atrasado en el que no vale la pena indagar, y la descripción de un gesto como: “Solo calladas eran ellas mismas”, se puede interpretar como la sentencia del norte global sobre las voces del sur global que podrían ser importantes y resultar dignas de su difusión, pero que realmente no tienen relevancia para el hiperdesarrollo y la aparente creación de un proyecto nacional sólido e inteligente.

Sobre la nación y la disposición de reconocer una alteridad

Para poder argumentar que existe alguna dimensión de cambio en la perspectiva de *En el camino* sobre su propia nación, primero debemos partir de la imposibilidad para determinar de alguna forma que la nación sea un concepto preciso cuya deconstrucción pueda ser por partes y de forma ordenada, en cambio, desde la aparente institucionalización del término en el siglo XVIII, este se ha estado problematizando ampliamente. Si ya en 1880 Ernest Renan aseguraba que la nación no podía estar estrictamente ligada a una ancestralidad que resulta difusa en la mayoría de países del mundo, ni a un lenguaje madre

o a fronteras explícitas (que realmente han sido arbitrarias y forzadas), difícilmente a una etnia y mucho menos a una raza, siendo esta una construcción más social que natural, para el momento en que Kerouac escribe su famosa novela, el término ya había atravesado muchos conflictos políticos y se había desplazado e intentado acoplarse a territorios variados. Posteriormente, Benedict Anderson plantea que, entonces, la nación no puede ser otra cosa que una “comunidad política imaginada” (23), gracias a su maleabilidad y dependencia de múltiples fenómenos, con unos límites demarcados y soberana sobre tales límites. El estatus de “imaginada” se trata también de poder construir narrativas sobre el pasado y propósitos a futuro que permiten desarrollar una continuidad en lo que respecta a la nación como lugar soberano, bajo la cual se alimentan las identidades de los individuos que pertenecen a ella. En la cuestión de las comunidades imaginadas se plantea la identidad nacional como un estándar que no solo reconoce las convenciones aceptadas y construidas, sino que funciona también como un aparato para corroborar distinciones sociales, es decir, categorizar y enunciar las diferencias frente al denominado *otro*, al *outsider*. Las clasificaciones (a través de censos, por ejemplo) especifican elementos como la religión o la etnia, y etiquetas implementadas y exigidas principalmente por el estado como “migrante”, “lesbiana”, “asilo político”, entre muchas otras, ejercen una labor importante al servir como la base para la creación de políticas y regulaciones. (Grotenhuis 113)

Otro de los elementos asociados comúnmente con la nación y que resulta difícil de desligar es el lenguaje; es por esto que los países tienen un idioma oficial junto a sus símbolos patrios. Según Ingmar Karlsson, el establecimiento de un lenguaje nacional fue una forma de buscar legitimidad, pero en general, se puede decir que este no ha precedido a

las naciones. (1) Esta forma de legitimidad fue una imposición desde el momento en que se comenzaron a pensar las naciones; el territorio y sus participantes debían encontrar la manera de concretar los acuerdos, los derechos, los deberes y, sobre todo, los límites, por lo que la unicidad en el lenguaje resultaba primordial para el entendimiento. La creación de la estructura del estado-nación, por su mismo carácter homogeneizante, exigía el desconocimiento de los dialectos o lenguas de grupos minoritarios, o simplemente de poblaciones que no hacían parte de la aristocracia y de la hegemonía, para la muestra, durante la Revolución Francesa, muchos de los habitantes de Marsella ni siquiera podían entender el idioma en el que se cantó la Marsellesa, pues la colectividad del lenguaje en la nación se establece como un resultado gradual de la estandarización cultural. (Karlsson 3)

Según Eric Hobsbawn, la lengua se convirtió en un atributo de la nación, pasando a determinar el prestigio y los derechos políticos y económicos que en el pasado preindustrial no resultaban un problema generalizado debido a la inmovilidad social y al analfabetismo imperante (284), pero el Estado-nación exigía unas dinámicas para mantener la soberanía, y la reducción de las lenguas bajo el argumento de alguna raíz antigua funcionaba a largo plazo.

Asimismo, para el caso del uso de mitos sobre un lugar de origen como argumento de la validez de las naciones, resulta ingenuo la mayoría de veces, sino todas. Estas son inventadas y se construyen con el propósito de delimitar y de aplicar la soberanía sobre un territorio, y no resultan ni naturales ni exclusivamente ancestrales; aunque el pasado de una nación sea el principal elemento legitimador, según Karl Popper “we can say that a nation is a collection of people united by a common misconception about their history” (ctd. en

Karlsson 2). El nacionalismo como sentimiento se creó primero que la nación, y fue construido por los intelectuales, los burgueses y la nobleza que encontraban en este una forma de encaminar al resto de la población rumbo a simpatías comunes y objetivos políticos específicos (Sassoon 13-14). Por lo tanto, la discusión en torno a un sentimiento nacionalista siempre implica distintos niveles y elementos desde donde se entienda la conexión con una comunidad que, además de ser imaginada, está en constante desarrollo pues supone también unas aspiraciones sobre las que trabajar en conjunto promoviendo su movimiento y adaptación a los cambios mundiales sin perder su sentido de pertenencia y los rasgos que la diferencian de otras naciones. Las implicaciones políticas se amparan bajo el discurso de la unión de los ciudadanos y la ideología del nacionalismo intenta funcionar como un mapa que le proporciona a las personas los medios para identificar su posición en el mundo en relación con otros. (Breuilly 381)

En este sentido, la aproximación que encontramos en la novela sobre una discusión nacional también se aleja, por momentos, de una noción muy estricta sobre el término. En la obra, las fronteras están delimitadas (entre estados, entre ciudades, incluso la frontera entre Estados Unidos y México es clara), pero son cruzadas infatigablemente y resultan transversales al movimiento ideológico del sujeto viajero. Estas fronteras no son sólo físicas, sino que también implican modificaciones en el comportamiento del sujeto que para los *beats* era posible lograr a través de las drogas, la improvisación, un actuar que bordea la criminalidad y la inmersión en un juego con el lenguaje; su meta era lograr una percepción espontánea e inmediata del entorno que, de la mano con las herramientas mencionadas anteriormente, permitieran “auto desprogramarse” (self-deprogramming) para

desestabilizar las convenciones de la época articulando nuevas visiones (Johnston, P 174) de la realidad, y por lo tanto, desplazando las raíces implantadas para pensar en nuevas maneras de construir nación.

Sin embargo, la resignificación del término se da casi exclusivamente desde lo conocido, cuando Kerouac dice que “está en casa” y que puede hacer lo que le plazca en cualquier rincón del país porque “conoce a su gente”, a lo que se refiere es a que no puede simplemente dejar de lado que existen límites para su propia búsqueda y que a cierta distancia contable de donde se encuentra, existe una señal que le indica que su tránsito libre para pensarse a sí mismo termina allí en ese punto impreso en el mapa; asimismo, sus interacciones con los demás, el alcance de su propia introspección y la problematización de su lugar de enunciación parecen tener un límite claro que se evidencia cuando pasa la frontera de Estados Unidos hacia México.

Estando en casa, se permite a sí mismo pensar en la segregación racial y adoptar aspectos culturales de los afroamericanos que, quiérase o no, son sus conciudadanos (incluso con las políticas del momento); desde el interior de su país sus compañeros pueden reflexionar sobre la burocracia y los sindicatos; puede describir la corrupción de la fuerza pública como un obstáculo en los viajes porque la vive y le resulta un reflejo de la situación política y económica de su país de posguerra. Su nación, en el momento de sus viajes, resulta paralela al armamento militar en el que se invierten millones: es una bomba a punto de explotar y de dañar a cualquiera que no haga parte de la clase media alta para quienes están hechas las leyes. A diferencia de esta aparente claridad sobre su nación, la relación que se crea con México, por ejemplo, es en primer lugar una visión sobre el otro que se

genera a partir de que el yo narrador no admite un espacio de resistencia para que existan otras posibilidades de enunciación, como sí se logra, por ejemplo, con personajes encontrados en el viaje dentro de Estados Unidos cuyas intervenciones son directas y establecen una relación dialógica entre lo que piensa el yo narrador y el narrado que también se puede -hasta cierto punto- narrar a sí mismo. Montana Slim, un personaje que lleva años viajando y que Kerouac conoce en un camión haciendo autostop puede hablar sobre su vida, pero los diálogos de las chicas del prostíbulo en México no superan un par de palabras y lo que sabemos sobre sus vidas es netamente lo que Kerouac y su acompañante **imaginan, creen** que son sus vidas íntimas, así como la aproximación que se hace al atravesar Tamazunchale, en México, donde se encuentran con un grupo de nativos que ellos describen como “indios de montaña, una categoría aislada de todas las demás” (Kerouac 416). Lo problemático de este tipo de afirmaciones en la novela es que dejan al descubierto la falta de intención crítica con la que abordar el otro lado de la frontera; aunque es fácil temer a lo desconocido, es aún más fácil, en la construcción de una narrativa sobre el Otro, la especulación y la estereotipación como mecanismo de interacción. Cuando Bhabha se refiere a la nación como una narración cuya finitud enfatiza la imposibilidad de una totalidad expresiva entre un presente inmanente y un pasado eternamente visible, conformado por personas que son al mismo tiempo objetos pedagógicos y sujetos performativos (“DissemiNation” 302), lo que podemos deducir es que el consenso al que llegan muchos de los teóricos y críticos de la nación es que las tradiciones y las características de estas se construyen, y mucho más importante, se aceptan y se performan. El esencialismo con el que se describen las naciones occidentales presenta fracturas internas que no siempre se pueden esconder y que salen a la luz al encuentro con el Otro

que promueve, por su simple presencia, un ejercicio de resignificación hacia lo ya aceptado y establecido.

Así como Renan expone que las naciones están constituidas por una multitud que tiene aspectos en común y que ha decidido olvidar otros elementos, Bhabha cita a Freud apoyando la ambivalencia que caracteriza a las comunidades, pues aparentemente la unión de muchas personas que compartan su amor por algo puede darse siempre y cuando existan otras personas sobre las cuales manifestar la agresividad (“DissemiNation” 300) que no puede quedar a la deriva. Entonces, cuando nos remitimos a la novela de Kerouac, se pueden clasificar en dos experiencias la expresión de esa ambivalencia nacional que siente el sujeto viajero al moverse: por un lado, el yo narrador que interactúa con el Otro narrado dentro de su comunidad y por otro, el yo narrador que narra al Otro fuera de su comunidad. Sin importar en qué condición encontremos al sujeto viajero, este siempre posee la capacidad narrativa, representativa y mediadora.

Si bien en algunos casos el sujeto viajero de *En el camino* es consciente de su posición privilegiada y trata de despojarse de ciertos prejuicios para poder acceder a los límites de sus propias ideas sobre las culturas y las personas, cuando el sujeto sale de los aspectos conocidos de su sociedad, se enfrenta a una diferencia cultural que no había contemplado y a la que se aproxima con una curiosidad problemática que no tiene en cuenta al Otro sino a su propia mirada de sorpresa y desconocimiento, por ejemplo, al ver a una niña de Tamazunchale cerca de la carretera, no se le pregunta nada, ni a las personas que están cerca o que aparecen en la ruta, en cambio la descripción es la siguiente:

–¡Seguro que nunca ha visto a nadie aparcado aquí delante de su casa! –dijo Neal–. Hola, niña... ¿Cómo estás? ¿Te gustamos? [...] –¡Vaya, me gustaría tener algo para darle! *Pensadlo* sólo un momento: nacer y vivir aquí, delante de este precipicio... Que este precipicio sea todo lo que conoces de la vida... Su padre estará ahí abajo en el barranco, con una cuerda, cogiendo sus piñas de una cueva y cortando leña en un ángulo de ochenta grados con todo ese abismo debajo. Esta niña no saldrá de aquí jamás de los jamases, y no conocerá otro mundo que este. Son una nación. Probablemente tienen un jefe. Fuera de la carretera, sobre aquel risco, a muchos kilómetros a lo lejos, serán aún más salvajes y extraños, porque esta carretera panamericana civiliza en parte a los miembros de esta «nación» más cercanos al asfalto. Mirad las gotas de sudor que tiene en la frente. –Neal señaló a la niña–. No es el tipo de sudor que tenemos nosotros. Es grasiento, y LO TIENEN SIEMPRE, porque SIEMPRE hace este calor [...] ¿Qué supondrá esto para sus almas? ¡Lo diferentes de nosotros que han de ser en sus valoraciones y sus deseos! (Kerouac 417-418).

En este caso, la reflexión sobre una existencia distinta y desconocida se realiza solo a partir de lo previamente imaginado y no constatado con la perspectiva del ser narrado, es decir, se aleja del *locus* del Otro porque la agencia de su identificación nunca logra un grado de pureza pues esta siempre se construye a partir de un proceso de sustitución, desplazamiento o proyección (Bhabha *El lugar de la cultura* 199). Lo proyectado, entonces, parte de la exotización y desemboca en un reconocimiento si no parcial, simplemente básico, sobre la diferencia cultural que en la novela funciona como un

abrebocas sobre la posibilidad de establecer “nuevas formas de sentido y estrategias de identificación”. (Bhabha *El lugar de la cultura* 199) Además, encontramos que la idea de la nación Otra en el tránsito por México y las características de la civilización en este caso están, por supuesto, directamente relacionadas con el marco de referencia estadounidense del momento al que se adhieren Kerouac y su compañero: los años cincuenta desarrollan el proyecto de la carretera como medio de productividad y progreso con algunos paisajes hermosos, a veces articulador de comunidades, que al mismo tiempo desplaza y segrega a otras “confirmando su estatus cultural de otredad” (Vredenburg 171) y margen. De hecho, en su mismo país sucedía algo similar, en 1936 se construyó el Blue Ridge Parkway, una ruta de 760km aproximadamente que atraviesa los montes Apalaches y que según Vredenburg, en sus inicios ofreció caminos que permitían conocer el terreno de la región, promoviendo también “a specific cultural perspective, reinforcing the myth of the isolated Appalachian hill people untouched by the modernization of the twentieth century.” (193n1)

Es consecuente, entonces, el funcionamiento de las carreteras y las superautopistas como estrategia para aislar o acercar apenas territorialmente a algunas poblaciones relegadas a la otredad sin profundizar en lo que realmente creen y cómo se desarrollan sus dinámicas internas. Por esto es que resulta primordial reconocer lo problemático de fijar a México como el espacio de desinhibición total, un lugar que entienden como un límite ancestral que pueden atravesar y conquistar sin repercusiones, como un “ritual de paso” (Amundsen 41) hacia un lugar que se ve extremadamente mágico. Desde el inicio del trayecto hacia México, se parte con una expectativa que no estaba presente al transitar dentro de la *propia* nación:

Era el viaje más fabuloso que cabía imaginar. Ya no era Este-Oeste sino el mágico SUR. Tuvimos una visión del hemisferio occidental, que bordeaba todo el continente hasta la Tierra del Fuego, y a nosotros deslizándonos sobre la curva del mundo y adentrándonos en otros trópicos y en otros mundos. (Kerouac 374).

La experiencia de lo mágico que viene con lo desconocido se anhela y se construye alrededor de situaciones que para los locales no implican nada mágico y que se asoman a veces sorprendidos de los jóvenes *gringos* que cambian sus dólares para derrochar en drogas, alcohol y mujeres que parecen ser recursos dispuestos para el disfrute extranjero y no el resultado de un lugar empobrecido por implicaciones políticas e históricas que el viajero desconoce o prefiere no reconocer. “Mi chica cobraba treinta pesos (unos tres dólares y medio), y me rogó que le diera diez pesos más, y me contó una larga historia sobre no sé qué para convencerme. Yo conocía bien el valor del dinero mexicano; para mí era como si tuviera un millón de pesos.” (Kerouac 405) La historia de la mujer no parece relevante a pesar de ser un personaje que aparece y desaparece rápidamente como muchos otros encontrados en el camino, a diferencia de cómo se reciben las historias de los conciudadanos, absorbidas con interés y maravilla ya sean *cowboys* u *okies* que recogen café por temporadas, pero al salir del propio territorio, las historias/experiencias de los otros resultan irrelevantes: “Nos queda tanto por delante que nos dará igual.” (408), dice Kerouac para apurar el paso cuando la exotización del lugar ya no parece nutrirlo más.

Nuevamente, esto sucede a diferencia del tránsito en Estados Unidos que resulta una versión más meditada y apropiada sobre el entorno, es decir, para el Kerouac de la novela, California en un primer momento es “blanca como un tendedero y huera de alma” (119),

pero esta idea cambia; L.A. es solitaria, brutal, es una selva (127), Nueva York es endiablidamente fría en invierno pero se siente como un lugar de camaradería (127), Chicago es viejo, con trenes elevados y “hurañas putas que se pasean por la calle” (332), Detroit es “una de las peores ciudades de toda Norteamérica. No es más que kilómetros y kilómetros de fábricas...” (342), San Francisco es un lugar de encuentro y de inspiración. La diferencia entre la mirada del yo narrador que se mueve entre los márgenes de su nacionalidad y el yo narrador que observa descaradamente al narrado, es que en la primera situación sí se logra cierto sentido de, en términos de Jameson, una “conciencia situacional” que traslada el relato de la experiencia y la historia individual como reflejo del relato colectivo. (ctd. en Bhabha *El lugar de la cultura* 177) Este relato colectivo puede ser la convergencia de las aristas que componen una sociedad, negativas, positivas o inclasificables y, por supuesto, una nación como estructura de poder (Hollinger 559) y una “forma de identidad” (Dawisha 3) implicando que la individualidad se disemine y proclame su relevancia en la colectividad. Puede parecer obvio que la conciencia situacional de Kerouac sea más amplia cuando habita su país en comparación a cuando sale de él, pero esta idea es tanto más complicada de abordar, y para problematizar el propio país que se habita, incluso un ejemplo como el siguiente ayuda a contextualizar parte del trato jerárquico y supeditado entre blancos y negros a finales de los cincuenta en Estados Unidos:

[...] y los cinco nos fuimos en el coche de Edie a oír jazz en Hastings Street, el barrio negro de Detroit. Es una zona lúgubre. Un grupo de negros pasó por nuestro lado en la calle y uno de ellos dijo: «Creo que se está viendo mucha gente blanca

por aquí.» Estábamos de vuelta en el Este, no había duda. Neal sacudió la cabeza con tristeza.

–Tío, este sitio no me gusta ni un pelo. Es un infierno de ciudad.

Detroit es de hecho una de las peores ciudades de toda Norteamérica. (Kerouac 342)

Por último, es cierto que este relato colectivo puede incluir construcciones estereotípicas sobre el Otro de las que resulta difícil escapar por lo que el ejercicio imaginativo permite llenar los vacíos situados en la frontera entre el yo y el Otro: “¿Te imaginas que encontraríamos un tugurio de jazz en esas ciénagas, lleno de negros grandes tocando gimientes blues a la guitarra y bebiendo whisky y haciéndonos señas para que nos acercáramos?” (223). Así, solo cuando el viaje en *En el camino* permite remover paisajes cotidianos y develar recovecos e identidades, es que el sujeto que viaja puede anunciar de entre la miseria que: “Cuando un hombre muere experimenta una mutación en el cerebro sobre la que ahora no sabemos nada, pero que algún día conoceremos perfectamente si nuestros científicos hacen las cosas bien. Los muy bastardos ahora sólo están interesados en ver si pueden volar el mundo.” (218). Para finales de los años 50, según Kerouac, ya la “vieja y sagrada Norteamérica en ruinas” (214) era un lugar con evidente corrupción y manifestada crueldad, –“Es una policía victoriana; otea desde mohosas ventanas y desea indagarlo todo, y es capaz de fabricar delitos que no existen para satisfacción propia” (197)– cuyo sistema debía ser repensado, iniciando con la experiencia del yo y el relacionamiento con el otro. El ejercicio del sujeto que viaja en *En el camino* cumple con la aseveración de Hobsbawm completamente, en tanto que la crítica social no pasa desapercibida y se decanta por la descripción de su nación como un lugar en el que “la

tristeza y la demencia norteamericana no tenía fin”. (153) Esta afirmación parte de la carga emocional fuerte que dejan los lugares visitados en todos los personajes implicados, incluyendo a Kerouac; y su forma de viajar y de relacionarse con el espacio de su nación ayuda a inscribirlo en la contracultura pues,

At a time when superhighways were being built as a way to move goods and labor more efficiently across the country as part of an economic system that could bring all citizens to their full productive potential, Kerouac views Sal's¹³ experiences on the road as a way to resist being inscribed in that system. (Vredenburg 191)

Esta novela, entonces, es el amasijo de un momento de fractura en la historia donde los jóvenes de un país comienzan a cuestionarse públicamente los pilares de este e intentan apasionadamente sentar un precedente sobre los posibles aportes para desenmarañar la confusión identitaria y consumista de la época que se podían encontrar en aquellas poblaciones a las que las figuras hegemónicas no han tenido en cuenta por su estatus de diferente, de *otro*. Rycroft expone que “Literature, in short, *takes place* and, in the process, refigures and reimagines particular geographies.” (425), en este sentido, *En el camino* genera -amplia pero no completamente- un movimiento no solo físico sino ideológico que se ve representado en las maneras como Kerouac describe, se aproxima y reflexiona sobre lo contrahegemónico que constituye una gran parte del mundo construido más allá de su propio horizonte de conocimiento.

¹³ En la primera publicación de la novela, todos los nombres de los personajes originales se cambiaron. Sal Paradise era el correspondiente para Jack Kerouac, Dean Moriarty el de Neal Cassady, Carlo Marx es Allen Ginsberg, Bull Lee es William Burroughs, etc...

CONCLUSIONES

Ottmar Ette amplía que “El relato de viajes es la forma de escritura literaria y científica en la que quizá se plasme con mayor claridad la relación de la escritura con el espacio, su dinámica y su necesidad de movimiento” (*Literatura de viaje* 11), él lo dice principalmente en un estudio que toma como punto de referencia los viajes desde Humboldt hasta Baudrillard quienes, en su interés por lo desconocido, encuentran que todas las narrativas se pueden alimentar con la confrontación del tiempo-espacio en el que están planteadas y con la aceptación de que otras formas sociales también han contribuido desde hace siglos a que la fascinación por lo “culturalmente distinto” se transforme en exploración y posible apropiación de la alteridad que todos los sujetos poseen. Ahora, encontrar literatura que verse sobre la relación entre el movimiento y la construcción de las naciones puede ser complicado debido a que ambos aspectos se entienden más como inherentes a muchas obras que como la intencionalidad explícita que tiene un autor. Entonces, está tan interiorizada la obviedad del movimiento en los viajes, que pueden pasar desapercibidas las implicaciones que este tiene para la creación de nuevas narrativas o para reactivar y afianzar otras.

En Ette aparecen las ideas de una “teoría del paisaje” y un “paisaje de la teoría” (*Literatura de viaje* 18) que han sido parte de la intencionalidad de este trabajo: complementar la teoría del paisaje menospreciado de la literatura de viajes como construcción de imaginarios y narrativas más allá de la ficcionalización de ciertas

experiencias de movimiento que, además de haber nacido como un interés personal de la yo autora, permite observar en temporalidades tanto alejadas como actuales, que la imposibilidad de quietud del sujeto y de la colectividad es lo que ha permitido que la globalización siga su curso desmesurado e imparable. Los objetos de estudio trabajados aquí son móviles en sí mismos pues proponen, si no la obligatoriedad, por lo menos la necesidad de recorrer las narrativas otras en un intento por entender las narrativas propias.

“Traveling, being ‘on the road’, is a perfect metaphor for the author’s liminality—travelers are not at home, nor are they at their destination. They are in a process.”

(Amundsen 36) Así como en el viaje no es primordial el destino sino el tránsito, estas obras no dan cuenta de un imaginario nacional inamovible sino de distintos proyectos de nación cuya completitud probablemente jamás podrá vislumbrarse si no se quiere caer en totalitarismos, a pesar de ciertas convicciones y de la permeabilidad de los respectivos lugares de enunciación de los sujetos que viajan. De todo este estudio, hay tres conclusiones principales:

En primer lugar, tanto *Viaje a pie* (1929) como *En el camino* (1957) encuentran una proporción directa entre la adecuación de las nuevas carreteras en sus respectivas épocas con lo que esto significa para sus imaginarios occidentales y centralizados: la verdadera cara del desarrollo y del progreso nacional. A pesar de que ambos parecen valorar profundamente tanto la ruralidad como las rutas que han dejado de ser transitadas, las nuevas carreteras son relacionadas con una idea pre-aprobada de la necesaria conectividad.

En *En el camino* hay dos dimensiones: al ser ciudadano de un país establecido como potencia mundial que se mueve a velocidades demasiado rápidas, la nostalgia con la que se

aborda el tiempo anterior a las superautopistas elabora sobre la importancia de la creación de pequeñas comunidades y del re-acercamiento al mundo natural como respuesta al alivio del consumismo desmesurado. Puesto que su sociedad parece ser el epítome de la modernidad y la globalización, la aparente seguridad con la que habla Kerouac lo traiciona por momentos reproduciendo ciertas actitudes opresoras hacia muchas de las minorías con las que se relaciona, aportando a su estatus cultural de otredad. (Vredenburg 171)

La eficiencia de las superautopistas es lo que le permite al sujeto viajero de la novela el acercarse a todas las figuras que le causan curiosidad; tal vez sin notarlo, es el ritmo y la velocidad de su viaje lo que le brinda el acceso para conectar con muchos de los aspectos de su nación con los que difiere y a partir de los que resignifica sus ideas sobre la comunidad y la vida en movimiento. Es la variedad de las rutas lo que a fin de cuentas trastoca profundamente tanto la geografía como el paisaje desde los cuales puede teorizar y proponer, es decir, Kerouac tiene a su disposición desde buses, trenes y autos hasta camiones para hacer autostop; y como una fecha límite casi nunca es preocupación, puede desarrollar sin obstáculos el movimiento tanto físico, como psicológico e interpersonal, retornando constantemente a la constitución de una identidad nacional que se resiste a ser la del conformismo de posguerra.

Por otro lado, en *Viaje a pie*, mientras la ruta está planeada en prácticamente su totalidad, los sujetos que viajan están subordinados a un límite de días que les recuerda constantemente su compromiso con la sociedad privilegiada de la que hacen parte. Fernando González, a diferencia de Kerouac, debe volver, al final de sus vacaciones a pie, a un trabajo, a su familia y a sus funciones como persona pública, por lo que siempre hay una

razón convencional esperando. Si bien su tránsito se da principalmente a pie, a mula y en tren, la idea de las carreteras como un ente civilizador no es de igual importancia que *En el camino* pues para González su proyecto civilizador es principalmente de conquista intelectual; cuando Kerouac y Neal llegan por primera vez a México y comparan las costumbres nativas con lo primitivo que aparentemente apenas ha logrado ofrecerse al mundo para ser vistos, gracias a la construcción relativamente reciente de la autopista principal que para estos amigos significa la llegada casi milagrosa de la civilización, están contribuyendo directamente a la permanencia y sujeción del paradigma occidental de la otredad que mantiene el binarismo de la civilización versus barbarie. Así, en el caso de González vemos que no se pretende exaltar la importancia de una red de carreteras para conectar a las diferentes regiones del país y municipios porque para eso ya se tienen, hasta cierto punto, bien desarrollados estructuralmente los centros intelectuales del país; antes de la prédica del hombre gordo de Medellín que “propugna por las carreteras” de su ciudad y encuentra en esta inversión el correcto modelo a seguir, González prefiere eliminar esta bolsa ilimitada de corrupción que son los recursos invertidos en carreteras y malgastados en la Carretera al Mar (lugar de otredad frente al centro andino), Fernando González puede no abogar directamente por la poca infraestructura que tienen el resto de las regiones porque no le parecen muy aportantes frente a la “alta intelectualidad” de su Antioquia, en cambio, la apertura que defiende es la de atraer el capital cultural extranjero que los curas colombianos de los años veinte no han permitido ingresar.

En segundo lugar está la propuesta del movimiento como resistencia en ambas obras. Kerouac, por su parte, usa el camino para expresar su frustración frente al Sueño

Americano que desde su formulación entre los cuarenta y cincuenta se ha mantenido como un Sueño incluso para muchos de los propios ciudadanos estadounidenses, según Tim Cresswell, esta novela nos presenta la historia de dos personas que evitan sentar raíces en lugares o en otras personas que no representen la esencia americana (260) que para Kerouac y sus compañeros de la Generación Beat estaría dada por la romantización del lugar incómodo que han soportado las minorías de ese lugar históricamente y que por lo tanto, han trasladado y modificado los ideales americanos consumistas por unos de colaboración y de redes comunitarias que se crean al pertenecer enteramente a un lugar de alteridad que Kerouac, a pesar de no hacer parte directa, añora constantemente.

Siguiendo con este aspecto, el movimiento en *Viaje a pie* no parte de una franca necesidad de los sujetos viajeros de resistir frente a una sociedad ampliamente castrante, pues González y Don Benjamín, ambos con sus puestos importantes y siendo hombres de letras, consagran rápidamente una voz pública propia. Así, teniendo en cuenta que “el acto de contar supera con mucho la mera reminiscencia y ordenación de acontecimientos preexistentes, pues funciona en sí mismo como un resorte hermenéutico, un punto de arranque de sentidos completamente nuevos” (Cuasante Fernández 28), esta obra se resiste, a través de la complicada definición de su textualidad, a ser catalogada como un simple diario de viajes sin trascendencia, abordando la importancia de pensar la nación que se habita, a través del estudio de los paisajes y del ritmo interno de cada viajero, generando una pregunta que en los años veinte resultaba inadmisibles en la vida pública de otros individuos que no tuvieran la palabra: “Ninguno de nuestros conciudadanos (si es que en Colombia aún tiene uno conciudadanos) podría entender nuestros motivos.” (González 39)

Sí, tal vez pueda sonar ingenuo de parte de González creer que ninguno de los habitantes que comparten con él territorio y deberes en Colombia tiene, o la capacidad o la intención, de ver más allá de las convenciones sociales dictaminadas por el catolicismo, sin embargo, exponer de forma pública y escrita lo que otros sectores de la población estaban pensando, en una obra publicada por primera vez en París y traída a Medellín para ser inmediatamente censurada, permite escandalizar a las élites establecidas y generar en ellas discusiones importantes.

Por último, el haber escogido estas obras no es gratuito, juega un papel muy importante su consagración en la literatura, y específicamente, en la literatura de viajes. Independientemente del nivel de trastocamiento del yo y de conciencia sobre la otredad que hayan experimentado los sujetos que viajan, es indispensable tener en cuenta que “la búsqueda de sentido es una reacción inmediata de todo individuo que toma conciencia del mundo y de sí mismo, y que se ve confrontado a un existir que posteriormente será interpretado en términos más o menos trascendentales” (Cuasante Fernández 28), en este sentido, la novela de Kerouac generó a finales de los cincuenta, la aglomeración de cientos de jóvenes y adultos que encontraban en el estilo de vida *beat*, una alternativa nunca antes vista, a partir de la cual surge el concepto de contracultura que se esparce lentamente por todo el país (y posteriormente, hasta otras naciones) hasta derivar en toda una expresión musical, literaria e incluso audiovisual que permanece en el imaginario cultural de Estados Unidos hasta la actualidad por su vigente impulso de resignificación cultural. Además, su aporte a la literatura de viajes universal se relaciona con la propuesta innovadora de que el movimiento no está obligado a tener una intención primordial y limitada hacia la

observación, entendiendo en cambio, que los viajes no necesitan de un orden y que el *seguir caminando* es lo que determinará tanto los aprendizajes como los límites del acercamiento hacia los sujetos que esperan en los distintos lugares de paso.

La obra de Fernando González en su momento (de 1929 hasta mediados de los treinta) discute la noción del ritmo interior no sólo de manera filosófica sino también como una práctica de libre acceso para comprender la propia posición en el entorno político álgido y problemático que desde la independencia ha caracterizado a la nación colombiana. Esta obra también se inscribe en un entorno de posguerra y de crecimiento económico en un país gobernado por la hegemonía criolla y conservadora que parece endeudarse sin reparos para inscribirse a como dé lugar en unos parámetros de modernidad para los que no se encontraba completamente lista precisamente por la misma corrupción y desorganización política que critica González. La política es la parte central de la coyuntura irresoluble en la que se desarrolla la obra y que se disemina con el tiempo en partidos políticos y en expresiones como el nadaísmo que intentan más adelante, mantener los preceptos y los intereses identitarios y casi vanguardistas que propuso González en su momento.

En definitiva, es coherente que la obra de González y la de Kerouac presenten tanto imágenes como estereotipos acordes a los momentos de confusión política y de regeneración económica equivalente a los periodos de posguerra que pueden mostrar una tendencia conservadora. Sin embargo, como sujetos que encuentran en la escritura una forma de compartir públicamente las inquietudes de una juventud que puede incomodar, también logran construir, por momentos, los esbozos de una narrativa contracultural que se

preocupa constantemente por el mundo y por la nación fragmentada que les han heredado las generaciones anteriores.

Kerouac, por ejemplo, a través de una herramienta que resultó escandalosa como lo fueron las expresiones de libertinaje de su grupo, el acercamiento a otras posturas religiosas como el budismo, el encuentro con el otro desde la música y la resistencia a los límites de la estructura familiar tradicional estadounidense, propone derrumbar el imaginario de nación agresiva con la que se ha nutrido su país en la imagen pública y desplazarlo por uno el que sea tenida en cuenta la colectividad y el reconocimiento de que, incluso históricamente, Estados Unidos no es una nación pura e inamovible. En el transitar de sus viajes se da cuenta de que una forma sincera de habitar el mundo puede ser desde la vulnerabilidad que implica el encuentro con lo desconocido, y, si bien por momentos puede caer en la estereotipación de la que intenta alejarse, es importante resaltar su precedente a nivel cultural que permitió repensar jerarquías y quitarse el velo frente a la multiplicidad de lugares de enunciación que pueden ser válidos. Asimismo, Fernando González usó su voz reconocida para resistir frente al imaginario de nación católico y conservador al que se precipitó su país después de la independencia en un intento por posicionarse como la continuación de la nación que una vez lo conquistó. Es cierto que, carente del interés por desarrollar herramientas sobre un pensamiento desde la otredad, replicó los aspectos racistas y jerárquicos de la visión regionalista y centrada acorde a su formación, sin embargo, así como Kerouac, el remanente de su ejercicio de movilidad es la premonición inherente del trastocamiento del yo que comprende un futuro donde surgirán nuevas narrativas e imaginarios que vale la pena discutir.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Theodor W. *Notas sobre literatura*. Madrid: Ediciones AKAL, 2003. Impreso.

Adams, Rachel. "Hipsters and Jipitecas: Literary Countercultures on Both Sides of the Border." *American Literary History*, vol. 16, no. 1, 2004, pp. 58–84. *JSTOR*, <http://www.jstor.org/stable/3568007>. Digital.

Alburquerque García, Luis. "El 'relato de viajes': hitos y formas en la evolución del género". *Revista de Literatura*, vol. LXXIII, n° 145, 2011: pp. 15-34. Digital.

Alburquerque García, Luis. "La literatura de viajes a través de la historia: reflexiones sobre el género 'relato de viajes'". *Instituto de Lengua, Literatura y Antropología, CSIC, HispanismeS* 3, 2014: pp. 253-263. Digital.

Amundsen, Michael. "On the Road: Jack Kerouac's epic autoethnography." *Suomen Antropologi: Journal of the Finnish Anthropological Society*, vol. 40(3) Autumn, 2015, pp. 31–44. Digital.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2021. Impreso.

Arciniegas, Germán. "Nuestra América es un ensayo". *Cuadernos de cultura latinoamericana* N° 53. 1963, pp. 5-17. Digital

Bhabha, Homi K., “DissemiNation: time, narrative, and the margins of the modern nation”

Nation and Narration. Routledge, 1991, 291-322. Digital.

Bhabha, Homi K. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL, 2002.

Impreso

Breuilly, John. *Nationalism and the State*. Lightning Source, 2005. Digital.

Brinkley, Douglas. “Jack Kerouac’s America”. *Youtube*. The University of Texas at Austin,

11 Nov, 2009, www.youtube.com/watch?v=deifj70EC68.

Burdick, Eugene. “The Politics of the Beat Generation.” *The Western Political Quarterly*,

vol. 12, no. 2, 1959, pp. 553–55. *JSTOR*, <http://www.jstor.org/stable/443990>.

Digital.

Clifford, James. “Sobre la autoridad etnográfica”. *El surgimiento de la antropología*

posmoderna. Compilado por Carlos Reynoso. Barcelona: Editorial Gedisa, 1998.

Impreso.

Clifford, James. *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2019. Digital.

Cresswell, Tim. “Mobility as Resistance: A Geographical Reading of Kerouac’s ‘On the

Road.’” *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 18, no. 2, 1993,

pp. 249–262. *JSTOR*, <https://doi.org/10.2307/622366>.

Cuasante Fernández, Elena. “Las escrituras del yo y sus variantes funcionales.” *Revista De Filología De La Universidad De La Laguna*, vol. 37, 2018, pp. 25–39.

<https://doi.org/10.25145/j.refiull.2018.37.003>.

Dawisha, Aheed. “Nation and Nationalism: Historical Antecedents to Contemporary Debates.” *International Studies Review*, vol. 4, no. 1, 2002, pp. 3–22. *JSTOR*,

<http://www.jstor.org/stable/3186272>.

De Carvalho, José Jorge. “La mirada etnográfica y la voz subalterna.” *Revista Colombiana De Antropología*, vol. 38, 2002, pp. 287–328.

Del Prado, Javier. “Apuntes para una poética existencial del viaje literario (2)”. *Revista de Filología Francesa*. 1996: pp. 209-227. Digital

Echeverri, Gabriel. *El pensador de otraparte: vida y obra del escritor antioqueño Fernando González*. Armenia: Editorial Quingráficas, 1985. Impreso

Ette, Ottmar. *Literatura de viaje de Humboldt a Baudrillard*. 1st ed., Universidad Nacional Autónoma de México, 2001. Digital.

Ette, Ottmar. *Literature on the Move*. Translated by Katharina Vester. Amsterdam: Editions Rodopi B.V., 2003. Digital.

García Gual, Carlos. “Ensayando el ‘ensayo’: Plutarco como precursor”, *Revista de Occidente*, nº 116, enero, 1991: pp. 25-42. Digital

Giraldo, Efrén. “AUTORRETRATO Y VIAJE INTERIOR EN EL ENSAYO LITERARIO COLOMBIANO DEL SIGLO XX: FERNANDO GONZÁLEZ Y HERNANDO

TÉLLEZ”. *Perífrasis. Revista De Literatura, Teoría Y Crítica*, vol. 3, no. 5, Jan. 2012, pp. 49-64, <https://doi.org/10.25025/perifrasis20123503>. Digital

Gómez-Martínez, José Luis. *Teoría del ensayo*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1981. Digital

González, Fernando. *Viaje a pie*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2020. Impreso.

González Otero, Angélica. “La literatura de viajes en Colombia. Una aproximación al género a través de dos libros de viaje a principios de siglo veinte: *Viaje a pie* de Fernando González y *4 años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea.” *Cuadernos de literatura N°29 Enero-Junio*. 2011, pp. 80-94. Digital

González-Stephan, Beatriz. *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2002. Impreso.

Grotenhuis, René. “Nation-Building: Identity and Identification, Process and Content.” *Nation-Building as Necessary Effort in Fragile States*, Amsterdam University Press, 2016, pp. 109–124. *JSTOR*, <https://doi.org/10.2307/j.ctt1gr7d8r.11>.

Hobsbawm, Eric. *Sobre el nacionalismo*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana S.A., 2022. Impreso.

Hollinger, David A. "National Solidarity at the End of the Twentieth Century: Reflections on the United States and Liberal Nationalism." *The Journal of American History*, vol. 84, no. 2, 1997, pp. 559–69. *JSTOR*, <https://doi.org/10.2307/2952570>.

Johnston, Allan. "Consumption, Addiction, Vision, Energy: Political Economies and Utopian Visions in the Writings of the Beat Generation." *College Literature*, vol. 32, no. 2, 2005, pp. 103–26. *JSTOR*, <http://www.jstor.org/stable/25115269>. Digital.

Johnston, P. J. "Dharma Bums: The Beat Generation and the Making of Countercultural Pilgrimage." *Buddhist-Christian Studies*, vol. 33, 2013, pp. 165–79. *JSTOR*, <http://www.jstor.org/stable/43185117>.

Karlsson, Ingmar. *What Is a Nation?* Global Political Trends Center (GPoT), 2009. *JSTOR*, <http://www.jstor.org/stable/resrep07700>.

Kerouac, Jack. *En la carretera. El rollo mecanografiado original*. Barcelona: EDITORIAL ANAGRAMA, S.A, 2016. Impreso.

König, Hans-Joachim. "Los Años Veinte y Treinta En Colombia: ¿Época de Transición o Cambios Estructurales?" *Ibero-Amerikanisches Archiv*, vol. 23, no. 1/2, 1997, pp. 121–55. *JSTOR*, <http://www.jstor.org/stable/43392754>. Digital

Martínez, Fabio. *El viajero y la memoria*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2000. Impreso

“Nation, N. (1).” *Oxford English Dictionary*, Oxford UP, March 2024,

<https://doi.org/10.1093/OED/5925687675>.

“Nación, f. (3).” *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., [versión 23.7 en línea].

<https://dle.rae.es>

Nevins, Allan, y Henry Steele Commager. *Breve historia de los Estados Unidos. Biografía*

de un pueblo libre. México D.F., Compañía General de Ediciones, S.A., 1963.

Impreso.

Rejai, Mostafa, and Cynthia H. Enloe. “Nation-States and State-Nations.” *International*

Studies Quarterly, vol. 13, no. 2, 1969, pp. 140–58. *JSTOR*,

<https://doi.org/10.2307/3013942>. Digital.

Renan, Ernest. “¿Qué es una nación?” *La invención de la nación. Lecturas de la identidad*

de Herder a Homi Bhabha. Compilado por Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires:

MANANTIAL, 2000. Digital.

Rorabaugh, W. J. *Kennedy y el sueño de los sesenta*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica,

S.A., 2005. Impreso

Rycroft, Simon. “Changing Lanes: Textuality off and on the Road.” *Transactions of the*

Institute of British Geographers, vol. 21, no. 2, 1996, pp. 425–428. *JSTOR*,

<https://doi.org/10.2307/622493>.

Sassoon, Donald. "Introducción". *Sobre el nacionalismo*, Eric Hobsbawm. Editorial Planeta

Colombiana S.A., 2022. Impreso.

Spivak, Gayatri. “¿Puede hablar el subalterno?” *Revista Colombiana De Antropología*, vol. 39, 2003, pp. 297–364.

Tamony, Peter. “Beat Generation: Beat: Beatniks.” *Western Folklore*, vol. 28, no. 4, 1969, pp. 274–77. *JSTOR*, <https://doi.org/10.2307/1499225>.

Unzueta, Fernando. “Escenas de lectura: naciones imaginadas y el romance de la historia en Hispanoamérica”. *Nación y Literatura en América Latina*. Compilado por Ramón Máiz. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007. Impreso.

Vredenburg, Jason. “‘Solitary Bartlebies’: Kerouac’s *On the Road* and the Ideology of the Superhighway.” *Twentieth Century Literature*, vol. 62, no. 2, 2016, pp. 170–196. *JSTOR*, <https://www.jstor.org/stable/26806741>. Digital.

Weinberg, Liliana. *Umbral del ensayo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 2009. Impreso.